

mtm 254
2744

UNIVERSIDAD DE CUENCA

Presencia de la Poesía Cuencana

23

César Andrade y Cordero

Selección y Nota de Rigoberto Cordero y León

"ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA"

CUENCA—ECUADOR

1 9 5 9

CESAR ANDRADE Y CORDERO

Un viaje al reino de la Música. . . . Un viaje al maravilloso, hondo, inefable reino de la Música. . . . Al inefable reino por medio de las palabras? Sí, porque esta palabra, esta expresión, esta idea, este pensamiento, son perfectamente musicales, totalmente musicales. . . . Porque el poema está empapado de Música, porque por entre las palabras del poema pasa un hilo finísimo y sutil de Música, porque todo aquí es música verbal, o, mejor, musicidad completa de las palabras altamente emocionadas. . . .

César Andrade y Cordero trae en este momento de desorientación poética la presencia del poema-poema, del único poema, que no es aquel difícilmente construido sobre impenetrables arquitecturas, sino el que fluye como la luz, como el agua, como el aroma delgado de la distancia. . . . Su voz es clara, llana, sí, de bellos encuentros originales y muy suyos, de una metáfora propia y completamente personal, pero, en todo caso, expresiva. . . . Sí, también aquí la Música: mucho expresivo, apasionado. . . . Es el lírico por excelencia y naturaleza: aun en sus poemas de voz multitudinaria, aun en sus voces admonitivas contra las injusticias sociales o los grandes delitos humanos,

siempre asoma él, él mismo, inconfundible, con su misma palabra de pulcra musicalidad, con su misma palabra. . . .

Espiritu exquisito, probado en los cielos y los abismos de la Música, tiene estados de alma maravillosos y coincidentes con las más bellas creaciones musicales. Su oído interior, de finuras esenciales, percibe, guarda y ama aquello que los Maestros enseñan con la más absoluta de las enseñanzas en armonía, y luego, desde sus iluminadas estancias, surge otra vez el tema querido, surge otra vez vestido de palabras melodiosas, surge otra vez cantando el canto, soñando el sueño o recordando el recuerdo que en la pauta de los Inmortales tornárase eternidad. . . . Así aquellos poemas que él no quiere, por modo alguno, lleguen a llamarse interpretaciones; y hace bien en ello, y piensa bien en ello: son creaciones de honda hondura interior sobre motivos musicales, no son simples reflejos en el agua, sino florecimientos íntimos que flotan sobre el agua por el estímulo musical. . . . Así esos poemas en los que hallo para mí al más hondo y alto César Andrade y Cordero. . . .

Pero esos estados musicales de alma, esos momentos de la más pura musicalidad interior constituyen parte de su modalidad creadora. . . . Todo en su poética —hay que insistir en ello— es perfectamente musical. . . .

Un equilibrio de las formas, de otro lado, caracteriza su encantado universo poético, un equilibrio que le aleja de esos extremismos peligrosos para el hombre que siente lo lírico puro y esencial. . . . El usa todas las formas, no en vano alarde de lo que podría llamarse erudición poética, sino en sentido de cono-

cimiento cordial de todas las ánforas aéreas que definen el milagro del sentimiento y la expresión poéticos.... Frente a la calumnia injusta e injustificable que se levanta contra metros consagrados, él los usa sencilla y maravillosamente, de tal manera que para su pensamiento y afán creador no hay formas pasadas ni presentes, sino siempre, ese siempre que es ritmo universal con aparentes distintas fragancias....

Una fragancia musical difunde el poema de César Andrade y Cordero.... Una fragancia múltiple que busca en todo lo armonioso de todo: lo mismo en el huerto casero con fiesta de ciruelos y agua en tinaja fresca, en el aroma finísimo del aire cuando despierta estrellas, en la noche con su sueño antiguo, en el agua temblando distancias, o en el pensamiento, que no es sino otra forma de lo cósmico....

Cuando por sus mundos emocionales es fragancia el dolor o la nostalgia, también esta fragancia es musical, tenue, levisima.... Casi del peso de un pétalo, casi del tamaño de un suspiro.... Sus grandes tristezas se hunden también en la Música, y así, desde los puertos desesperados o las irremediables ausencias le llega también la armonía, una triste armonía inconsolable, pero sacrificada en la Música....

César Andrade y Cordero es el Músico de la Poesía....

RIGOBERTO CORDERO Y LEON

CANTO AL TOMEBAMBA

— I —

SALUTACION

Ave de oro, cruzada punta a punta del viento,
En tu oreja de vidrio va soplando mi canto.
Aqui estoy, padre rio, aqui estoy con mi infancia
De la mano traída. Aqui estoy con la Historia
Y con todos los carros de la Historia. Aqui tengo
Los cementos del Inca y el gramil de Bolívar,
Y el bauprés de esperanzas de Colón, y el canasto
De silencios maduros de Ollantay, y el pañuelo
De sonrisas de Kóyllur, y el molino de estrellas
De los ojos de Wayas, y la gran mariposa
De la abuela Colonia, y la cántara fresca
De la risa cacique frente a España Matrona.

Ave de oro, cruzada punta a punta del viento,
En tu oreja de vidrio va soplando mi canto.

Aqui estoy con mi infancia de la mano traída,
Aravicu patriarca, vegetal y barbado.
Aqui traigo, encendido, el jazmin de Castilla
Y en su polen la abeja de la Lengua chupando.
Aqui estoy, padre rio, con mi lodo de América
A tu lodo de auroras en hogaza amasado.
Traigo el ángel bandido de la guerra en el puño
Y los niños rosados de la paz en la entraña.
Aqui estoy, aqui traigo para ti, varón ancho,
Caballero de música, todo el vientre del canto.

OFRENDA

Alazán encrinado de algodones sonoros,
Yo te parto mi verso, y mi pan, y mi manta,
Y mi mesa, y mi casa, y mi miel, y los higos
Del jardín, la sonrisa de los hijos, la mano
De la madre, que pare bendiciones al alba,
Y el calor de la amada, y el tizón de la pena
Encendida y eterna; y el bocado de risa
Mañanera; y el grito de los fresnos de Mayo;
Y la estrella al crepúsculo. La niñez de la rosa.
Las resinas del bosque con pulmón de cortezas.
Y el verano barbudo que amarilla los besos....
¡Y, por fin, yo te parto mi ración de esperanza!
Toma y come mi canto, como un pan pobre y grueso.
Toma y come mi canto, y mi infancia, y mi arcilla,
Y mi vaso de carne, y mi fruta de música.
Joven potro celeste, navecillas de luna
Se llevaron las nueces de mis años a tu anca;
Y aunque hoy busco el cobijo de tu poncho de cielos,
Han de hincarme las carnes los cuchillos del ansia.
¡Aquí estoy, y te me abro como un puente en tijeras
Para ahijarme más tuyo con mi són de montaña!

ICONOGRAFIA

Caballero de vidrio en tu potro de vidrio.
Frente a ti pongo el verso cual molino o giralda.
Caballero quijote, tus carneros de espuma
Se te escapan, en tanto se te burla el paisaje.
Padre río, te tiendes, como un Cristo de siglos,
Desangrándote auroras, en tu cruz de cristales.
Y te vienes desde antes de jamás a cantarnos
—Con un vaho de astro roto— tu canción de jamases.
Padre río, te extiendes, en un guión de palomas,
Musical e infinito, punta a punta del tiempo,
Y en tu voz —donde rasgas una sábana eterna—
Das un fruto de azúcar semillado de cielos.

Alazán encrinado de algodones sonoros,
Río bravo y cantor, joven cabro en acecho:
Aunque lore y apriete sus rodillas el agua,
Con la piedra separas sus dos muslos de espuma.
Padre río, labriego leñador de paisajes,
Tus jubones azules has colgado en los cerros;
Por mirarte, las casas se han parado en dos patas,
Y, a lo largo del tiempo, te hacen guardia los vientos.
Padre río, en el día como un jibaro hermoso
Juntas todas tus hembras y abanicas los cantos;
Y en la noche, cargado de leones de sombra,
En la esquina del viento te has parado a insultarnos.

RECLAMO

Padre río, en ti rueda, como un aro de luna,
El sonoro juguete de mi infancia dorada.
Padre río, en ti lavo mi hopalanda de música
Y en mi sangre hallo el grito de tus toros de espuma.
Padre río, al rasgarse las mil sábanas ciegas
De tu voz, yo arrodillo la canción en la lengua:
Cantas tú, padre río, cantas tú, varón claro,
Y se callan los vientos y se empinan los astros.
Cantas tú, y en su casa de guijarro y cristales
—Burbujeante de miedo— se hunde el pez de mi canto.

EXULTACION

Alazán encrinado de algodones sonoros,
De tus cascós de vidrio brota el polvo del canto,
Joven potro celeste, yo te parto canciones:
Alza, en cambio, hasta mi tu tocino de espumas,
Y hazme un hondo mordisco musical en el pecho.
Tu agua, en senos de piedra, brote leche de siglos.
Tus azules incendios troten todos los vientos.
Con fusiles de brisa caza vírgenes locas.
Haz cuadrarse la lluvia con los sables del agua.
Al riñón de la luna da masajes de nube.
Haz rodar las naranjas de la tarde en tus lomos.
Empavesa los álamos, encrístala el silencio,
A tu inquieta pupila pon pestañas de sauce,
Vuelca verdes canastas vegetales, y corre,
Y anda, y márchate, viejo violador de montañas,
Con el hondo latido de mi verso en el pecho,
A tumbarle a la mar como una hembra en las playas!

LUDWIG VAN BEETHOVEN

SONATA QUASI UNA FANTASIA

("CLARO DE LUNA")

Op. 27 N° 2

Movimiento I

ADAGIO SOSTENUTO

Lentamente, extrañamente, donde cuajan los silencios
En lamentos de honda piedra, frente al grito de la ausencia,
Crece el eco, crece el eco interminable en la profunda
Catedral de los recuerdos que se anudan a la pena.

Agua negra, agua solemne, innumerable voz sombría.
¡Cómo quise yo llenarla de reflejos y de estrellas!
Pero estuvo siempre quieta, dolorosa e infinita.
Siempre, siempre taciturna, siempre oculta, siempre inmensa.

Era entonces su voz clara en la noche de la fuente,
Y su beso fue tan cierto como fue la primavera.
Y era alegre el suave tiempo de sus rosas encarnadas,
Y era oculta en un racimo de preguntas, su respuesta.

Astros verdes de esperanza visitaban nuestras sombras
Y el cristal de los jazmines se quebraba en las veredas:

Yo era entonces la montaña sosegada de altos vientos
Y tú estabas en el ángel infinito de la estrella.

Lentamente, extrañamente, con el beso hecho pedazos
Voy alzando tu recuerdo que se tuerce en voz eterna.
Soy la livida palabra de tus horas taciturnas.
Soy la tumba reflejada para siempre en tus ojeras.

LEONID VAS BRYKOVSKI

SONATA GÁSI-GHA FANTASIA

("CLARO DE LUNA")

ADALIS GOSTRITTO

Movimiento II

ALLEGRETO

Corazón que se derrama
En una fuga de estrellas:
Para el recuerdo armonioso
Surte el jugo de tus venas.
El alba de las ternuras
Sembró de sueños la tierra
Y en tu carne pensativa
Se durmió la primavera.

Mujer tendida a mi sueño,
Cuando mi sueño te besa,
Campana azul en el agua
Fragante que te recuerda:
Contigo estuve en la muerte,
Contigo nació mi pena,
Contigo alcé mi montaña,
Contigo embebí mi selva;
Contigo, en la hora dormida,
Corté racimos de estrellas.
Contigo un reloj oscuro
Detuve bajo tus crenchas
Y hube, en tu boca esperada,
Veinte dulzuras bermejas.

Yo fui quien dobló tu junco,
Yo el que acechaba en tus puertas,

Yo la palabra, yo el verso,
Yo el musgo sobre tu piedra.
Yo aquella antorcha. Yo el grito
Colgado de tus mareas;
Yo la hoja negra del viento
Husmeando todas tus huellas.
¡Yo fui ese clavo de sombra
Que crucifica tu ausencia!

¡Oh tú, la cuitada inmóvil
En puertos de bruma quieta,
En muelles que huyen de noche,
En playas de oscura arena.
Oh tú, corola extinguida,
Amedrentada de niebla.
Entonces eras, te amaba
Sobre el hombro de la tierra
Y se callaba el gemido
Universal del planeta.

Tú la hora que alzó mi brazo,
Tú la esperanza, la eterna.
Tú la que quiebra el silencio
Sobre las noches inmensas;
Tú el ancla que no se mueve,
Tú la que nunca se encuentra;
Tú la tenaz cuchillada.
Tú el grillete. La cadena.

Aquí te tiene el recuerdo
Encendida y quinceañera
Con una flor encarnada
Sobre un oleaje de crenchas.
Aquí el óvalo sedeño.
Aquí mi verso en tu lengua.
Aquí los besos sangrando
El almibar de tu queja.

Aquí mi grito. Aquí el llanto.
Aquí mi tarde que empieza.

Movimiento III

PRESTO AGITATO

Dolor que nada importas, yo juego con tu nombre
Aunque golpees todas las puertas que te cierro
Y aunque quieras romper el cristal de mi sangre
Contra el mudo peñasco de tu viejo lamento.

Te ahogaré con el vaho de tu propia sentina,
Dolor que no eres mar, ni eres raíz ni fuego;
Dolor que no eres árbol, ni eres vientre ni fruto;
Dolor que eres esteril vacuidad y desvelo.

Mi tempestad te ha abierto, Dolor, una ancha grieta
Sangrante de preguntas que me roen el pecho:
Pero estoy en mi piedra, en mi canto y en mi ola,
Y un clangor de potencias se encuartela en mi cuerpo.

Remolino anchuroso, cuchillazo, tormenta,
Danza de árboles locos sacudidos del viento,
Innumerable oleaje descuartizando adioses,
Turbio ciclón de manos destrozando los sueños:

Aquí el combate llueve sobre mis bosques agrios,
Desatando batallas de perennes incendios:
¡Más, cruzaré mis flechas hasta la última playa
Donde crece el sollozo como un planeta inmenso!

CLAUDE DEBUSSY

LA CATEDRAL SUMERGIDA

Cristal. Todos los ángeles del cristal en el agua
Donde triscan los astros sus dedos infinitos.
¡Oh, mar profundo y sórdido, prisma de mugido ancho,
Huerto de monstruos laxos, latitud del gemido!
Cristal. Cristal borrado. Cristal torcido en hebras.
Olas de muslo virgen. Yeguas de flanco tibio.
Tiniebla de elefantes en el tallo del agua
Reverberando abrazos con serpientes de vidrio.
Cristal de largas torres, un descanso de tinta
Cierra en nocturnas bocas tus silencios vencidos.
Ciudad eterna y líquida de manos relucientes,
En tu jardín profundo hay un siglo infinito:
Palpitas en el hondo país de la esmeralda
Y alzas brazos de luna con caderas de limo.

Oh, atormentado espejo, en ti nace la eterna
Burbuja del peñasco, corola del granito.
Aquí esta la voluta, aquí la aguja empieza,
Soplando polvo de astros con los vientos cautivos.
Aquí yace el reflejo, aquí el iris humea,
Aquí arcángeles verdes, aquí Dios sumergido.
Aquí manos del éter para sacar a flote
La amarra cosmogónica y la estatua del grito.

Surge, astro acobardado. Surge, planeta hendido.
Surge, risa del arco que se fuga en el friso.
Surge, música brava rota en palomas ciegas,
Quieta y lenta en el hondo malestar de ti mismo.
Surge, costumbre líquida, voluntad de la piedra,
Manjar de mediodía naufragado de ritmos:
Surge y muestra en el hondo reflejo de tus voces
Tu vastedad inmensa de roca y vaticinio.
Y embébetete en la mueca de los arcos torales
Y late todo el atrio y enciende todo el friso,
Y haz la campana aguda con el hilo del fuego
Y haz la campana ronca con el lodo del grito.

Cristal de largas torres, un descanso de tinta
Cierra en nocturnas bocas tus silencios vencidos.
Tiniebla de elefantes en el tallo del agua
Reverberando abrazos con serpientes de vidrio.
Cristal. Cristal borrado. Cristal torcido en hebras,
Olas de muslo virgen. Yeguas de flanco tibio.
Ciudad eterna y líquida de manos relucientes,
En tu jardín profundo hay un siglo infinito.

CLAUDE DEBUSSY
JARDINES BAJO LA LLUVIA

Cielo raído en hebras. Los rriates se embeben
Mirando por lós largos ojos de las albercas.
La amapola y el nardo dejan rodar un sueño
Mientras lava sus breves corpiños la glorieta.
Hojas teñidas y altas de los macizos negros,
Hojas de la alta copa meditabunda y ebria.
Hojas tañidas y altas, gorriones erizados
Temblando en la mejilla de la charca coqueta.
Hojas tañidas y altas, escuchadas y ocultas,
Percutiendo y sonando levedad de coreheas.
Hojas, hojas erguidas en orejas del viento
Que oye hablar con el olmo la lésbica azucena.
La rana y su maraca, la rana y su maraca
Sobre el parteno ahogado en una tos discreta.
Lluvin que haces girar mariposas oscuras,
Lluvia, pájaro henchido de innumerables flechas
Tus palidos jirales se enroscan en los pinos
Y la mano del tiempo se posa en tus caderas.
Oye rodar tu propio corazón en la gota,
En la gota, en la gota desde la alta gotera.
En la gota, en la gota, en la gota, en la gota.
En la gota —pregunta, en la gota— respuesta,
Diminuta pupila que resbala en el tronco
Aima clara y fugaz, deslizada y eterna.
Gota, gota, pespunte de la antigua guitarra

Que el jardín anchuroso hila, teje y rasguea;
Oye siempre la gota que es secreto en la rama,
Beso ardido en la flor sonrojada de histeria.
Oye la gota y la hoja, oye la gota y la hoja.
La hoja y la gota fresca, la hoja y la gota fresca.
Oye la gota y la hoja. Oye el claro silbido
Allá donde los cabros de la lluvia se enervan.

Mira la lluvia. Mira cómo hiende la lluvia
Con su látigo claro la nuca de la piedra.
Mira, mira la sombra congelando pasteles
De humedad pensativa en la cruz de la arena.
Mira, mira las nubes cómo sacan sus focas
A la orilla del cielo —con su antigua presencia.
Lluvia, por poca cosa te pareces a la ancha
Costumbre de volcarme por todas las riberas:
Eres mi voz recóndita que a veces sale a flote
Y eres toda la hondura que de mí se apodera.
Contigo hay un palacio dormido sobre el viento
Y una noticia abstracta resbala por tus crenchas:
Ven, oh boca enterrada, ven sumerge y esconde
En tu pálida muerte la canción de la alberca.
Ya sé que es tuyo el iris de todas las burbujas
Y que el álamo gañe porque tú lo degüellas.
Lluvia, te estás ganando un suspiro muy hondo
Desde que una edad sorda resbalas por las yedras.
En tu túnel se ha puesto a aullar todo el recuerdo
Y tus tijeras matan mis antiguas estrellas.
Lluvia, pájaro henchido que transcurre en la rosa
Cuando el viento acaece en las raíces negras:
Ya deja que el crepúsculo salga a vender manzanas
Con las manos vacías de la húmeda arboleda.
Y en tus zancas de vidrio, desnuda y asombrada,
Vete a buscar un país de peces o de nieblas.

JOHAN SEBASTIAN BACH

SUITE FRANCESA NÚMERO III

— I —

ALLEMANDE

Aquí mi voz.
Aquí tu voz de blando ritmo emocional.
Tu paso aquí.
Mi paso allá donde florece el resedal.
Ven a danzar,
Ven a mover extraños vientos de pasión.
Ven a girar,
Pájaro fiel, astro hecho carne de canción.

Aquí tú y yo,
Aquí tú y yo. Aquí tú cálida y frutal.
Aquí la noche,
En la terraza, echando un ancia sideral.
Aquí la luna,
Acariciando hondos latidos del jardín.
Aquí tu voz,
Adelgazada en el almibar del violín.

Aquí la voz del ruiseñor,
Junco de música sutil.
Ya no hay dolor? Ya no hay dolor!
Sólo hay el énfasis febril.

Alzate en mi como un palacio,
Enciende sedas y clamor,
Y gira en torno, en torno,
Hecha de llamas y color.

Un pulso abierto
Está en mi pulso;
Una ola abierta
Está en mi mar.

¡Oh prisma!
¡Oh viento!
¡Oh flor!
¡Oh nube!
¡Oh loca
Fiebre
De
Danzar!

COURANTE

Son las altas galerías,
Son los briosos espejos,
Son las espaldas desnudas,
Las tijeras de los ecos,
El agua de los perfumes
Y las sonrisas huyendo.
A espaldas de la alborada
La noche azota luceros
Y entibia voces bermejas
Donde la danza está ardiendo.

En la lucerna hay jardines
Que nutren fuentes de besos.
Lámparas que se adelgazan
En voces de color ebrio.
Mil palabras pisoteadas
En una risa de pétalos;
Mil cascabeles floridos
En labios de crisantemo;
Mil huertos de carne y rosa
Mil manos de torre y viento,
Y el friso y el capitel
Y el cortinaje tañendo,
Y el hombro infinito y claro
Perdido en golfos de anhelo.

¡Oh multitud asombrada
De olor sinfónico y lento!
En el azul de los ojos
Llueve sus brasas el cielo
Y arde la sed en la entraña,
Y este pájaro del beso
Naufraga en la agria resaca
Que azota el mar del espejo.

— III —
SARABANDA

Y en la paz del jardín bajo el árbol
Bajo el sol que se levanta en el mundo
El alma se levanta en el mundo
Y los ríos se levantan a los ríos
Arde en el mundo en el mundo
Y los ríos se levantan a los ríos
Y los ríos se levantan a los ríos
Y los ríos se levantan a los ríos

Oh muelle arrastrado
De olor estéril y lejano,
En el azul de los días
Llévame los pasos del viento
Y arde la sed en la memoria
Y este jardín del beso
Pálidame en la agua rosada
Que canta el mar del espejo

— III —

SARABANDE

Mientras al viejo muelle de la luna
Atraca en su navio mi locura,
Dame en tu voz el vino soñoliento
Que hace bastar tu boca para el beso.

Y en la paz del jardín, bajo tu arrullo
Deja que yo me llene de tu mundo.
El alma se me agobia de luceros
Y tus manos se alargan a mi sueño.

Acógeme y dominame en tu sombra
Y haz que tu nombre azul moje mi boca.
¡Y en tus ojos de dulce confidencia
Deja que mi astro naufrago se muera!

MINUETO

Un clima de nardos el ámbito puebla,
Pasmado en la cinta de la alta peluca:
En largas hileras la seda y la carne
Levantán murallas de muslo y cintura.

Con vuelo de manos se inicia la danza
Que mata en el aire palomas de luna.
Trizan los cristales del compás las damas,
Y los caballeros abren sus preguntas.

En las reverencias y las resonancias
Las manos agitan pájaros de espuma.
El beso se posa, discreto, en un hombro,
Un ángel bermejo se duerme en las nucas.

Laten altos dedos las frágiles damas,
Bajo la ancha seda suspiran las curvas.
Enciende la música un charco de estrellas
Y en todas las bocas hay fresas maduras.

Serpientes de aromas muerden al minueto.
Desde los jubones las venias saludan;
Y arden las sortijas, y las manos vuelan,
Y la noche esconde la frente, confusa.

ANGLAISE

Cascabel de palabras, las mil lenguas del vino
Emigran sobre el gárrulo estupor de los brazos.
La música se inclina a espigar los perfumes
Mientras afuera grita la sombra como un naufrago.

Ebria de hondas gargantas y de espumas rosadas
La fiesta alarga un bosque de voces y de manos
Hacia donde se buscan, aleteando, los besos,
Sobre un sonoro y dulce horizonte de labios.

Torcida en humo lento, la alegría se escapa
Por las torres doradas donde se incendia el canto
Y, rumbo a un país de ausencias, navegan los ensueños
Sobre una agua infinita de estrellas y de pájaros.

La seda y sus presencias van gimiendo ternuras
Para la noche abierta en la rosa y el astro,
Hasta que tras el límite más rojo de la sangre
La sombra alza la inmensa estatua del cansancio.

CUADROS DE EXPOSICIÓN

Acosados de todas las mareas,
Trepados al peñasco macilento,
Ardamos el ciclón de la caricia
Y volquemos las cráteras del vértigo.

Musical mordedura que te viertes
Como sangre de rosas en el viento,
Vas cruzando una cinta de fatigas
Al galope fragante del deseo.

Dibújame tu línea de jacinto
Hendido junto al muro de mi cuerpo
Y arrójame tu grito destrozado,
Con el pez de la danza, dulce y ciego.

En tu junco torcido de ternura
Cuaja el pálido fruto de mi sueño
Cuando al mástil sonoro de la música
Izas la llamarada de tu anhelo.

Oyeme sobre el hueco de la noche
Hablarle con el grito de los vientos;
Y apégate a mi vida como un blanco
Caracol que se tiñe de luceros.

MODEST P. MOUSSORGSKY

CUADROS DE UNA EXPOSICION

PROMENADE

Pasos, pasos, pasos que no se detienen.
Pasos en la noche. Pasos en el tiempo.
Pasos en el sueño, menudos y alegres.
Pasos, pasos, pasos. La fugaz cadencia
Nace, crece, enflora. Los pasos se mueven.
Todo anda, camina, todo rueda y anda.
Hay pasos en raíces y savias que crecen.
Todo sube, sube como una columna:
La tierra es un paso redondo y solemne.

Aquí están los pasos. Aquí van los pasos
Con todos los hombres, con todos los seres.
He aquí mis pasos. He aquí mis pasos
Subiendo escaleras de cristales verdes.

Por este camino van mis pasos suaves
Dejando campanas de plumaje breve.
Mis pasos ahuecan un son de honda tierra.
Mis pasos se callan. Mis pasos se duermen.

Junto al lienzo que abre su voz de muralla
Detengo los pasos que se desvanecen.

— II —

EL ENANO

Camina, salta y juega.
Es la alma pequeñita de la alfombra
Que ha salido a correr albur de besos
En la nuca gentil de la duquesa.

Camina, salta y juega.
En sus ojillos late la inquietud del bosque
Donde la caza puso sus trompetas,
Cuando, junto a la raíz de la alta encina,
Quedó preso en las redes de la fiesta.

Camina, salta y juega.
Ayer fue el bosque negro
Y las raíces negras:
Hoy la lucerna de iris del castillo
Y los ojos de miel de la duquesa.

Ayer fue el bosque negro
Y las raíces negras.
Hoy la babucha de rubi tallado
Prende un incendio de carmines locos
Del enano en la sangre lisonjera.

Camina, salta y juega.
El jubón de escarlatas, oro y piedras,

— 171 —

Ya le roba al jardín sus amarantos,
Ya al agua sus vivas lentejuelas:
Y él vuelca en el sofá su carcajada
Entre los almohadones y las sedas.

Camina, salta y juega.
Es la alma pequeñita de la alfombra.
Que ha salido a correr albur de besos
En la nuca gentil de la duquesa.

En el salón solemne,
Desde el rincón en donde el clave sueña,
Derrepente dá un salto; y, casi un hombre,
Sobre el rojo de la alfombra espesa
Con aire heroico de deidad famosa,
De príncipe guerrero, de poeta,
De sacerdote, de gigante inmenso,
De león rampante, de águila febea,
Sintiendo palpitar todo el latido
Del corazón inmenso del planeta,
Con un talante olimpico y eterno,
Su diminuta imperfección pasea.

Camina, salta y juega,
Ayer fue el bosque negro
Y las raíces negras,
Hoy la lucerna de iris del castillo
Y los ojos de miel de la duquesa.

¡Oh, duendecillo que en carrera loca
Huyes de pronto y trepas
Por las blancas colinas de los hombros
A la nuca gentil de la duquesa...!

Castillo, grada y traza como un viejo solano
Ayora la empuja en capullo tan negro
Que la memoria vuela del agua espumosa
Dijo cuando sopla con los ojos de puerco
Tu dolor no es de mar que se paga al pescador
Ni de mundo sobrado por los ojos de viento
Sólo llevas las cenizas de la vida en el pecho
Pescador de las horas empujadas de agua.

tema de la sombra, el pez negro y negro.
Poco alguna palabra — III — vive y hueco.
Alguno huirán temiendo como en la vida
Estruendo de la vida.
Mas ¿Cómo saberlo para los vientos espumosos

EL VIEJO CASTILLO

¡Oh bestia gris de piedra nutrida de horizontes,
Incendiada de estrellas y helada de silencio!
Momia de pie, detienes tu eternidad rugosa
En grietas y ventanas abiertas en bostezo.
Alguna vez te alzaste como ala o como grito
Dejando que te aniden crucificados besos;
Mas los siglos mendigos que duermen en tu piedra
Hoy la única moneda que gastan es el eco.
En tu frente olvidada reverbera la sombra
Y te puebla un fantasma que se incendia en el tiempo.
Los relojes se paran para escuchar tus rugas
Y en tus ojos anida la voz de los troveros.

Luna de trovadores que cantaron nostalgias
En pastorelas y aibas con guirnaldas de besos;
Eres la sola verde campana que columpia
Sus sonos misteriosos en el torreón guerrero.
Sombra revuelta y alta, sombra acerada y seca,
El juglar te escaló con su viejo lamento.
Llanto del trovador suspirado en la viola,
Cuerdas de pentagrama para escalar el sueño.
Castillo, tu ceguera pide auroras muy dulces
Para encender las altas ventanas del recuerdo.
Viejo amigo del cielo, saludas a los astros
Y ellos miden tu mueca de pastor de silencios.

Castillo, piedra y ruga, como un viejo sollozo
Azota tu amargura un espanto tan negro
Que la humareda rubia del ayer esplendente
Disipa cuando soplas con tus ojos de muerto.
Tu dolor no es de mar que le pega al peñasco
Ni tu muda soberbia tiene labios de viento:
Sólo llevas las canas de la nube en el pardo
Pescuezo de tus horas amortajadas de ecos.

Gemido de la sombra, ángel pasmado y negro,
Roca antigua borrada de perfumes y besos,
Algún histrión fantasma camina entre tu rota
Estructura abollada, con humildad de perro.
Mas ¡Cómo adentro laten tus viejos esplendores
Cuando como los musgos te crecen los recuerdos!

RONDA DE LAS TULLERIAS

Cielo de indigo. En el cielo
Una cáscara de luna.
La tarde tuerce sus voces
Y sopla una ancha burbuja.
El palacio alza jardines
Con vidrios de frágil música
Y un surtidor de suspiros
Araña leves agujas.

Ocho niños. Ocho niños
Con sus manzanas maduras,
Con sus ropas encendidas,
Vendiendo risas de fruta.
Ocho niños. Ocho peces,
Ocho brasas en disputa,
Ocho presencias de nâcar
Con ocho magnolias juntas.
Ocho niños. Ocho niños.
Ocho campanas desnudas
Tañendo estrellas dormidas
Bajo elefantes de bruma.

Cielo de indigo. En el cielo
Ya está sentada la luna
Regando largos juguetes
Desde su verde cintura.

La ronda, ronda, rondalla:
Sobre el jardín que se azula
Triscan peces sumergidos
En un jarabe de luna.
La noche enciende sus ángeles
Entre violetas oscuras
Y untadas de lentejuelas
Las horas pasan desnudas.

La ronda, ronda, rondalla:
Para esta noche madrugan
En el corcel de los bucles
Semillas de estrellas rubias.
En la frente de la rosa
Hay ocho risas que surcan
Huyendo en copos bermejos
Hacia la misma pregunta.

La ronda, ronda, rondalla:
En el ciprés se columpia.
Los ocho niños se marchan
Por arboledas de azúcar.
Alza la noche el palacio
En una escoba de bruja
Y laten todas las voces
Con penachos de ternura.

La ronda, ronda, rondalla:
La piedra el palacio alumbra
Pero se queda el jardín
Sin ocho bucles de luna.
Sólo las fuentes doliendo
Mensajes que nadie escucha.

—¿Dónde navegan los niños
De alegre nácar y espuma?
—A donde canta el silencio,
A donde el agua disputa,
A donde nació el confite
Con vacaciones de fruta.

Quiero al pasar, en el pasar, los ruidos y el ruido
pero en silencio en silencio de noche
Te vas con el viento de las cosas
Lo tanto que la vida se agota en la vida
Y se lleva el viento en los ojos del agua
Luz, Luz, Luz, Luz, Luz, Luz, Luz, Luz
Y se lleva en la vida de las cosas
Por eso se va en la vida de las cosas
Luz, Luz, Luz, Luz, Luz, Luz, Luz, Luz

— V —

LA VIEJA CARRETA

Catedral de anchos ruidos, voz lenta y pesarosa,
En tí la emigración muge una sombra larga.
Vas girando un planeta mendigo y solitario
Y en los ejes dolidos tu aburrimiento bala,
Frente a la agria disputa del viento con el árbol,
Madura de experiencia, discretamente pasas,
Bamboleante, en un ancho paisaje sin riberas,
Regalando a la tierra tus suspiros de paja.

En la tolda arrugada, tu sonrisa de trapo
Va empinada a una torre de prietas esperanzas.
El sol, como un paisano, se ha tumbado en tu vientre
Y a tu paso redondo se estremecen las landas.
Tú empujas el minuto sombrío hacia la noche
Y un bocado de cielo saboreas con calma
Para sumirte luego en un lento naufragio
De espigas y terrones y de colinas altas,

Porque el programa escribes de un claro mediodía
Las arboledas te oyen y desde lejos te aman.
Y te rien los pájaros y el camino te sueña,
Y el viento te levanta las enaguas de paja.
El otoño quisiera proponerte en casorio
Hablándote en las hojas sus más dulces palabras,
Y espíandote con la honda pupila de los troncos

La casa
De la abuela y la tía
Del abuelo

Los árboles, los campos,
Y el cielo azul
En mitad de la pradera

Y cuando me levanto
De mi cama

— VI —

BALLET DE LOS POLLITOS

La gallina, orgullosa,
Alza un grueso obelisco
En mitad de la paja.

Nuecesillas al sol
Estos pollitos fueron
Enantes, dalias.

Con patitas de azúcar,
Rosadas,
Son merengues de almibar
Que cantan.

Burbujitas de miel
Y de ámbar,
Son unas campanitas
Naranja
Que tienen la virtud
Del ala.

Borlitas de azafrán,
Sonajas,
Crisantemos champán,
Maracas,
Estos pollitos traen

La clara
De la nube, y la yema
Del alba.

La gallina, orgullosa,
Ya quitó el obelisco
De mitad de la paja;

Y bailan las pompitas
De ámbar
Un ballet quebradizo
De cáscaras.....

BALLET DE LOS POLLOS

La gallina orgullosa,
Ya quitó el obelisco
De mitad de la paja;

Y bailan las pompitas
De ámbar
Un ballet quebradizo
De cáscaras.....

Con patitas de arcas
Y con
Con menaques de almidón
Que casan

El mundo de color
Y se van
Con sus pompitas
Y con
De las

Y con sus pompitas
Y con
Y con sus pompitas
Y con
Y con sus pompitas
Y con

DISPUTA DE JUDIOS: SAMUEL Y SCHMULEY

Samuel: una bodega de palabras hundidas
En la campana sorda que le crece en el vientre.
Vaciedad hecha ténpano, se escucha su ceniza
Retumbar en un choque de avispas y de dientes.

Pasma una tuba de órgano el gañote nervudo
Y, en doma de elefantes, dispara agrios aceites,
Mientras la vana cápsula de un redondo bostezo
En un lago ululante de carnaduras mece.

Schmuley: vieja yedra paralela y cuitada
Con lenguaje de espigas y palabras ausentes.
Oruga temerosa ahuyentada de manos
Corriendo en una sombra que tiembla y anochece.

El pájaro del miedo le pica la epidermis
Y le pone en los labios una mueca silvestre.
Habla con el murmullo de la gota olvidada
Y, de pared adentro, una protesta muere.

Los dos tañen montañas de inútil desvario;
Hasta que, tras los gritos que trizan agrias nueces,
En un cohete ronco donde giran los brazos
La blasfemia infecunda explosiona y se tuerce.

EL MERCADO DE "LIMOGES"

Como una cifra enorme se abre, en hierros, la puerta,
Dando sorbos de gente, bajo el clarín sonoro;
Discurren las palabras y se alza el vocerío
Deshaciéndose en números de aritmético gozo.

El mercado deglute las palabras manidas
Mascullando intenciones en gárrulo retozo.
Vuelan palomas blancas de ofertas silenciosas.
Gruñe la negativa su arisco "no" redondo.

Sobre un tambor de voces laten viejas navajas
Los dedos donde aguza sus uñas el negocio;
Y el sol, como un gendarme, va pasando revista
A un pueblo de legumbres que chillan como loros.

Con su lengua amarilla lame el viento las frutas
Que duermen embriagadas de aroma capitoso
Y una loca disputa de colores y gritos
Desenvaina en el vértice agudo de los codos.

Innumerable abeja, molino de altas manos,
Ventruda capital de la angustia y el oro:
Degüellas en tu mundo todas las fantasías
Y el sueño no se atreve a palpar tus contornos.

LAS CATACUMBAS

Sepulchrum Romanum

Eternidad de Roca, densa de graves sombras,
Frontera gris del tiempo, soledad que hace muecas,
Ornamental palabra empinada en los siglos,
Grito de vaciedades, dimensión del lamento....
Colmena abandonada torciendo el propio aullido,
Cavas tu subterráneo con un soplo siniestro
Y en tu noche sin raíces la tiniebla absoluta
Clama desde la piedra la embriaguez del espanto.

Arde y se rompe el grito en astillas de muerte
Y el vértigo del miedo acosa con tus manos.
Tu piedra tenebrosa es una frente augusta
Cautiva en la oquedad infinita del llanto!

Cum Mortis in Lingua Morta

Hay un viento que gime aguzando palabras
Extinguidas, ocultas, aniquiladas, finas,
Virutas de palabras desvalidas y muertas,
Hilos rotos de ausencia en silabas baldias.
En la cárdena llama del silencio asombrado
Hay una voz que huela, absorta en lumbre fría,

Y un eco de cenizas que se escapan en ronda
Hace cantar al polvo con sus lenguas vencidas.
Ciudad de los sollozos ateridos de piedra,
Tu muro es la palabra más alta del Designio:
Porque en ti desembocan todos los temporales
Y están plenos tus poros del vaho del Infinito.

LA CABAÑA DE LA BRUJA "BABA-YAGA"

Esta es la cabaña de la Baba-Yaga:
Aquí están sus hijos, los cuatro huracanes.
Aquí las serpientes de lava y azufre.
Aquí el zanco y la ala de los vendavales.

Esta es la cabaña de la Baba-Yaga:
Su marido, el trueno, prepara vinagres;
Y su guardia negra de lobos nocturnos
En verdes eclipses afila puñales.

Esta es la cabaña de la Baba-Yaga,
Tarántula roja nutrida de sangre,
Vestida de ortigas, jinete de escobas,
Que en los campanarios enciende aquelarres.

Esta es la cabaña de la Baba-Yaga.
Cuecen sus marmitas corazones de ángel,
En las humaredas cuajan los venenos.
Sus alas de trapo los vampiros abren.

Esta es la cabaña de la Baba-Yaga,
Con una coraza de veinte caimanes,
Sustentada en veinte patas de avestruces,
Con veinte ataúdes colgados de imanes.

Esta es la cabaña de la Baba-Yaga;
Cuando sus cuatro hijos salen a pasearse,
En el cielo quedan sólo astros enfermos
Y la pobre tierra empieza a cuartearse.

LA CABAÑA DE LA BABA-YAGA

Esta es la cabaña de la Baba-Yaga,
Aquí están sus hijos, los cuatro hermanos,
Aquí se cepillan de lava y alba,
Aquí el rancho y la alca de los vendavales.

Esta es la cabaña de la Baba-Yaga,
Se muerde el tronco por los vendavales,
Y su guerra negra de los vendavales,
En vendos espigas más pulidas.

Esta es la cabaña de la Baba-Yaga,
También los niños de vendavales,
Vendos de vendos, hijos de vendos,
Como los vendos en vendos espigas.

Esta es la cabaña de la Baba-Yaga,
Cuando sus hijos salen a pasearse,
En el cielo quedan sólo astros enfermos
Y la pobre tierra empieza a cuartearse.

Esta es la cabaña de la Baba-Yaga,
Con sus hijos de vendos espigas,
Bastante en vendos espigas de vendos,
Con vendos espigas de vendos espigas.

EL PORTON DE LA ANTIGUA FORTALEZA DE KIEW

Ohi majestad unánime resplandecida de astros
Oramen de la historia con ensueños de piedra!
Tu soledad de océano te viste de reflejos
Y la gloria te tiñe con gama de banderas.
Tu muda geometría eriza sus espadas
Y acaso te fatigas de alzar tu sombra inmensa;
Pero hinchas tu estructura como un "yo" cejijunto
Que sólo se preocupa de aquello que recuerda.
Y, pues, si te visitan los huéspedes de antaño,
En tus muros te palpas si tienes cartucheras,
Y tus bravos clarines soplan su azúcar de oro
Y por todas tus grietas ponen cara de fiesta.
Entonces, a lo lejos oyes el canto heroico
Que en el túnel del aire se desliza y acerca
Y como una muchacha sensual, te pones limpia,
Y en tu más alto friso colocas una estrella.

¡Dejad pasar de largo los corceles del viento,
Que la legión triunfante viene gloriosa y lenta!
Roja de sangre y hierros camina la victoria
Hablando con las bocas de las heridas frescas.
Gritan los estandartes su múltiple alarido
Y el cielo, bruscamente, se tiñe de epopeya.
El horizonte ladra sus más viejos asombros
Y los fuegos sagrados desnudan sus hogueras.

Blasfemias musicales, hojas de plata rubia,
 Las campanas revuelcan sus frentes en la tierra
 Y en un aire nervioso de manos perseguidas
 Multiplican metales que tumban y golpean.
 Campanas que abren surcos para sembrar espadas,
 Campanas que alzan cascos y que aguzan espuelas.
 Campanas estalladas en un largo alarido
 Meciendo por el aire una hamaca de estrellas.
 Campanas convincentes, campanas armoniosas,
 Yunque de altos cristales la victoria golpea:
 Y en el cielo se vierte la augusta llamarada
 Del triunfo que traspuso la arcada gigantesca.

EL PORTON DE LA ANTIGUA FORTALEZA DE KIEW

Oír majestuosamente resonando de arriba
 Oír como en la historia los estruendos de libertad
 Tu resonar de verdad se vió en el silencio
 Y la gloria de los que con gloria de banderas
 Te movió a levantar esta voz a todas
 Y como te levantas de estar en soledad inmortal
 Qué silencio te cubren como un río celestial
 Que sólo se levanta en el silencio por recordar
 Y como se levantan los gigantes de la historia
 En sus mundos se levanta el gran coloso
 Y sus mundos como se levantan en el aire
 Y por todas las glorias honra con el honor
 Como en el fondo del mar se levanta y como
 Y como una muchacha sensible se pone tímida
 Y en la vida que vive en la historia

¿Qué es el punto de vista de la historia del mundo
 Que se levanta en la historia y se levanta
 Hoy de verdad y de verdad como la vida
 Hablando con los ojos de los hombres
 Qué es el punto de vista de la historia
 Y el punto de vista de la historia
 El punto de vista de la historia
 Y los puntos de vista de la historia

SONETO CON ENIGMA

(A Remigio Crespo Toral).

Que dice el saltamontes de la gallarda encina?
Oye la pobre oruga las voces de la selva?
La iguana bajo el sol, sabe que el sol camina?
Y la piedra del río, manda que el agua vuelva?

Conoce la lombriz quién es la golondrina?
Cómo batalla el líquen contra la madre selva?
Qué juzga de la rosa la enarbolada espina?
Qué hará la hoja al caer cuando el viento la envuelva?

Sabe, acaso, el murciélago si vuela la paloma?
Puede la ostra escuchar la voz del océano?
Qué murmura del cóndor la misera carcoma?

Cómo miden la altura los palpos del gusano?
Mira la ameba el agua que brilla en la redoma?
Qué opina de la nieve la boca del pantano?

PERFIL DE LA VOZ EN LA MURALLA

¿Quién puso aquí este ciego cuchillazo de sombra?
- (lmo) Acá se hace la noche.

Acá viene a perderse todo aquello que canta.

Acá se hace la noche.

Así en tus ojos, lenta, la juventud del agua.

Igual que hoy te miraron los crepúsculos

Vestida de reflejos azules y de llamas.

Igual que hoy, en la noche que transcurre inclinada

Sobre el dolor que humea y en canción se levanta.

Suena una arpa a lo lejos. El viento está en las rosas.

Muge el río y se ensancha.

El viento está en las rosas.

Hago por detenerte a la puerta y te marchas.

Perros azules corren por cielos de verano.

Enfermas de cristal se acuestan las montañas.

La tarde se me ovilla a los pies con el viento.

Ya se empinaron todas las estrellas más claras.

Llorarte, huir de noche. Pensarte en las mañanas...

Ah, ¿por qué eres el grito tras el muro,

El vidrio destrozado, la lengua congelada?

Voz de flor, piel de luz en la noche que baja

Gritando de los astros.

Lumbre que no responde. Tumbada como el mármol.

Crecida en la más alta vecindad del silencio,

Te me ahuyentas de pronto, cual los navios hacen.

Te llamo y ya eras ida. Te busco y ya no estabas.

Siempre me quiebro en ti con mi antiguo reflejo.
Me encuentras, di, me besas en pañuelos del aire?
Qué haces, estrella mía, qué pides a lo lejos
Cuando te crece el beso en la rompiente brava?
No importa lo que seas. Nada importa lo que hagas.
No importa. Nada importa, siempre será lo mismo.
Siempre estará cayendo esta vieja ternura
En rocío al paisaje donde el recuerdo bala.

Yo no lucho contigo,
Mujer cieja de ausencias, si te tengo en la lágrima.
Yo no lucho contigo,
Si te estás en lo oscuro de la pena, anidada.
Yo no luchó contigo,
Si sólo tú me cortas canciones en las ramas.
Calla, amiga, y contempla
Deshacerse mi escarcha.
Calla, amiga, y contempla en las horas sin sueño
Cómo, en la muda noche, va a roerte mi cara.
Cállate en quieta piedra.
Cállate en cruda sombra.
Cállate en alta noche.
Cállate en fiel montaña.
Yo lavaré en un agua de estrellas infinitas
La canción que te agita pañuelos y te llama.
Yo afilaré mi voz en flecha y en silbido
Y partiré tu frente de sombra y de muralla!

PASION DE LA NIÑA INFINITA Y MIA

(A Ella, la Dueña de mi Vida,
Esperanza, mi Hija).

Orto, voz y señal, claridad trepadora,
Transparentada en mi, llena de mi, colmada.....

¡Oh, puñado de rosas amanecidas y húmedas,
Rostro tuyo, mi niña, mi muñeca de niebla!

No sé si hacer tu canto con burbujas de sangre,
O beberlo en el agua, o sorberlo en el viento.

En mi vida —que es mar de abandono— eres alba;
Y en mi noche sin sueño eres fuente y estrella.

Ignoro si amo en ti toda la carne rosa
O si encuentro el capullo de Dios en tu milagro.

Yo no quise escribir para ti la cadencia
De tu estación, si no hallo dónde quedan los versos.

Porque no hay luz del todo para darte poema.
Porque en el universo no hay ritmo que te plasme.

Yo no quise escribir para ti con mi mano
Entumecida, al trance de dar fe a la palabra:

Porque no sé tampoco qué hablaría mi boca
Que es de ruina y silencio o, apenas, grito náufrago.

Pero el hombro desnudo de tu aurora ha abatido
La tiniebla que humeaba en la vieja caverna.

Y hoy estás tú, jardín abierto a la alegría,
Donde cruzan la senda de perfección soñada.

Estrella, nieve y pétalo, costa, cielo, isla de oro,
A ti viajé en la proa del propio desamparo.

Héme aquí, desbordado el labio de ternura,
Caída, retorciéndose, mi hora junto a tu hora.

Tú fuiste siempre; y yo para ti fui camino:
A tu clara sustancia transitoria adjetivo.

Tú fuiste siempre, siempre, como el sol a la tierra,
Y estuviste en el canto, en la carne y la pena.

Tú fuiste siempre, siempre, como la savia al fruto,
Como el fruto a la tierra y la tierra a la savia.

Tú llameaste en mi mente y goteaste en mi sangre
Y quemaste en el beso y hablaste en la palabra!

Costa de mi destino, albergue de mi huida,
En la infancia del mundo ya habías amanecido.

¿Qué puede hacer, entonces, mi canto frente al rubio
Calor de tu presencia, de tu rol infinito.

De tu ayer intuitivo, de tu hoy en estupores,
De tu mañana que es como el ala de un ritmo?

Es cual sentir fruición de partida o llegada
Contemplarte en lo real de todos mis sentidos.

No sé por qué me asfixia la miel de tu poema:
Soy la abeja que queda muriendo en la corola.

Estrella, nieve y pétalo, costa, cielo, isla de oro. . . .
¡A ti, en el mar de siempre, he viajado, Hija Mial!

NAUFRAGIO Y ENTIERRO DEL POETA

Y LA CANCION

(Al Poeta Magro, Victor Sacoto Castro,
Muerto en horrenda Soledad de Amor).

Como una ala hecha presa de estupor te has plegado,
Mudo y definitivo, orillado a la noche
De tus velas, que amaban tu soledad de faro.
Por carenar tu proa, hacias puerto en los ojos
De tus niñas doradas, de tus niñas de barrio
Que trenzaban sus manos en tu barba de naufrago.
¡Ah tus niñas sonreidas, ah tus ángeles de humo
Que amortajan de besos tu corazón de pájaro!
De seguro estuviste deshojando una rosa
Cuando te nació, al pronto, un pañuelo de ausencias
A la borda, y sentiste que crujía la amarra;
Y con la última sílaba de tu verso en el viento
Se te encendió la lámpara del adiós en las manos.

Desde mi alta ventana festonada de asombros
Con la brava pintura del otoño que humea,
Yo te veo pasar sacudiendo tus ecos
Como ex-libris enjuto de edición chocarrera,
Con tu trunca palabra hecha grito en la nube,
Con tu verso escondido en la ruga del viento.
Breve gajo de barrio, el airón de tu ensueño
Te dejaste enredado en un viejo balcón:
¿Dónde está picoteando su canción tu guitarra,

Donde está pignorada, para siempre, tu estrella?
Viejo pájaro bohemio, ya tendrás campanario
Donde echar a los vientos piedrecillas de canto;
Ya podrás tus collares de tristeza cuidarte
De ponerlos al cuello de tus niñas de barrio.
Inclinado en tu propia ansiedad temerosa,
Enredado en la absurda inquietud de tu canto,
Ya tus ojos no miran las lejanas mareas.
Y te estás en el muelle como un mástil tumbado.
¡Ojalá se te acuerden las gaviotas de entonces
Y te cuelguen chillidos en sus vuelos de paso!

CARTEL PARA LA NIÑA DE HOY

En esta noche de mentas
Tu nombre se afila en ala:
Yo enciendo mis tres caminos
Para vestir tu distancia.
Tengo voces de luceros
Para encerrar en tus jaulas.
Tengo una cinta de besos
Que no ha ceñido gargantas.
Orillada a mi vereda,
Con raíces de junco y ansia
Me naces, clara glorieta
De pesadumbre dorada.

En tu corazón de almendra
Hay un canario que canta.
Yo salgo a caza de ensueños
Y tu canario se apaga.
La fiesta de tus sonrisas
Rubias estrellas me alarga
Y riega un odre de rosas
Amanecidas en agua.
Y me persiguen tus manos
Como gaviotas hambreadas
Sobre este barco de ausencias
Humoso de tus palabras.

En esta noche de mentas
Tu nombre se afila en ala:
Yo enciendo mis tres caminos
Para vestir tu distancia.

¿Quién puso cauce a tu ritmo?
¿Quién la ola? ¿Quién tu mirada?
Quién hizo nacer las breccias
En los brocales del agua?
Es como fuente en la noche,
Como colina o muralla:
Pero, en el hombro, tu pelo
Es un pájaro que canta.

Ya puedo decir que soy
El mismo niño que amabas
Bordando un sol de alfeñique
Con mariposas de albahaca.
Ya puedo decir que soy
La escuela, el trompo, la rama
Donde, en pañuelos, la niña
Dejó sus uvas colgadas.

Ya puedo correr cometas
Con hilos de la alborada,
Llevar la montaña al río
Y al monte subir el agua.
Ya puedes decir que soy
El secreto de tu almohada,
Tu lima de uñas, tu "rouge",
Tu espejo, tu carcajada.

En esta noche de mentas
Tu nombre se afila en ala:
Yo enciendo mis tres caminos
Para vestir tu distancia.
Exprime todas tus frutas,
Riega estrellas en tu falda,
Hazle al agua unos corpiños,
Tuerce al viento la corbata;
Mas, ponme al patio una fuente
Con mármol de tu garganta
Y surce en ella tu grito
Y espúmame la esperanza.

COPLA DEL CELILLO AMARGO

Estrella de puntas firmes,
Plumilla de te escribir.

Trajera el cielo perdones
Y un ángel de bien morir;
Pañuelos de mar que empapen
Canciones de leve anís,
Y un sueño de rubias hebras
Para tañer tu marfil.

Estrella de puntas firmes,
Plumilla de te escribir.

Sangre de nuevos claveles
Hervida en miel de rubí,
Tu aroma y el pez del canto
Van en la sed del carmin.
Nieve rosada tus dedos:
Pentagrama de alheli.

Estrella de puntas firmes,
Plumilla de te escribir.

Azucarillo dorado,
Hombros de azul colibri,
Te me reflejas de lejos
Con piel de rubio jardín.

Te trepa mi verso en junco
Y estoy en viento sutil.

La estrella quiebra sus puntas
De pronto, por no seguir.
No sigue, porque la estrella
—Plumilla de te escribir—
Por los celillos amargos
Se me acabó de morir.

AR B O L

Ilímite criatura,
Escucho tu esqueleto y viaje hacia tu párpado
Y hacia tu voz nervuda de ángel loco en el viento.

Arbol, materia inmensa, tropel de Dios, tumulto,
Dios tú mismo, y como El innumerable espectro.

Ah múltiple fantasma, cordero del otoño,
Rol de la primavera, uña y cruz del invierno.

Dormido, eres el pasto de todas las estrellas,
Despierto, en ti se agitan las pestañas del tiempo.

Traes un dedo en alto sobre los cementerios,
Y es tuyo, en carbón santo,
El corazón de polvo con que te aman los muertos.

MORADA INTENSA DEL ANHELO

Aquí estás, oh palabra
Conducida en el eco.
Desde el oscuro cráter
Se me ha puesto a dar voces el recuerdo.

Tú naciste en la tarde
Suspendida de todos los gorjeos.
Por eso, ante la estrella cristalina
Hoy eres una gota de silencio.

El estanque, al crepúsculo, tiñóse en verde olivo.
Tu rostro era un planeta en su hondo firmamento.
Brotaba en tu mirada la semilla de un astro.
Florecian los fresnos,
Y los nocturnos elefantes
Llevaron en cada ojo la burbuja de un beso.

Tú lo viste, lo viste,
Y me lo señalaste con un dedo:
En el río que se iba inventando paisajes
Salían nuestras voces a beber como ciervos.

Alzó el ocaso su ancha catedral de amarantos
Con campanas de ajeno.
¡Ah, cómo reventaban esas ranas
Abriendo a la pradera sus más verdes agujeros!

De la zona del trino
La noche iba viniendo
Como un yo poderoso
Dueño de un corazón gigante y lento.

No hubo arroyos de luna
Ni colmillos de viento,
Surtidor de promesas
Ni esperanzas en vuelo.

Tan sólo un gran silencio naufragado
En un charco de besos.

DENUNCIA DE LA ALONDRA FUGITIVA

Suave y pequeña alondra transida con mi canto:
¿Cómo podré apartarme de tu dorada huella?

Alcázame esa brisa que se duerme en tus manos
Para morir sabiendo que tus brisas me besan.

Hay un silencio opaco prolongando tu sombra
Hacia donde mi sombra con la tuya se enreda.

El cristal de esta lágrima que empaña mi pupila
Enciende un astro amargo donde vive mi pena.

Ahora vienes como esos vientecillos lejanos
Que mueven suavemente las hojas y se alejan.

Vientecillo que fuiste y que entras a mi alcoba
Y que soplas mi sangre y enciendes mis planetas.

Vienes en largo viento cuando izo mis canciones
Y entonces la alegría se pone a hinchar mis velas.

¡Oh luna prolongada sobre la niebla inmensal
Mira bien que tan sólo sobre mi te reflejas.

Luna mía, astro mio, mi estrella fugitiva,
Te taladran abismos en las anchas tinieblas.

No sé por qué presiento que te sigo teniendo
Como la sangre ardiente que me bulle en las venas.

No sé por qué imagino que me diste tu risa
Como una cinta larga que me ata y que me acerca.

Y que jamás tu vida puede irse de mi vida
Si cada vez mi carne a la tuya se enreda.

Suave y pequeña alondra transida con mi canto:
¿Cómo podré apartarme de tu dorada huella?

CONCIERTO

(A Alicia Cordero Aguilar).

Sobre el mar del teclado que en oleajes blanquea
Van tus manos desnudas.
Raudas, locas doncellas, retozando su tiempo,
Inflamadas y púdicas.
Sube, hermosa, tu imagen esculpida en la noche
De recóndita curva.
Derribando sonoras estatuas
Alzas tu flor de bronce
Incrustada en un pinto de negrura.
Agobiado silencio, vastedad doblegada:
Contra ellos va la orquesta
En bosque y columnata de azul arquitectura.
Selva de los violines
Del corno y el fagote,
Trueno de los timbales!
Sobre ellos, al galope
Van tus dedos de luna.
Tu voluntad de viento y tempestad, de pronto
Desata sus borrascas y torrentes dorados
Que hacia la noche fugan.
Enciende surtidores de marfil el teclado.
Corren mil pedrerías de corcheas y fusas.
La flauta agrestemente echa a volar su trémulo.
Extienden sus ramajes de vidrio los violines.
Dibujas tú sobre ellos tu pájaro de bruma,

Tras el vivido alegre
La sedeña romanza
Y el rondó en filigrana que el párpado clausura.
Después nardos flotantes asómanse a tus manos
Y un inocente musgo de musical espuma.
Efigie eres de brisa
Y efigie de alta luna.
Luna, si, luna siempre,
Luna de nácar, dura.
Luna sobre el piano,
Sobre el jardín que embebe
Reclinada la lluvia.
Y junto a ti ya nadie.
Sólo Dios y la noche que agoniza en penumbra,
Sólo Dios que sonríe para ti entre violetas.
Sólo Dios y el silencio
Con las dos manos juntas.

LAS CÚSPIDES DORADAS

Cáliz de luz, que dora la Cúspide infinita:
Sobre él, sus alas tenues abre la mariposa.
¡Inquietud de partir hacia la ardiente cita!
¡Indecisa obsesión de abandonar la rosa!

Silencio hondo y total: abismo que medita,
Huésped tenaz, el alma, cautiva temblorosa,
En su portal de piedra débilmente tiritá
Y a su cripta en penumbra se desliza, medrosa.

Sobre la evanescente y diáfana hermosura
De las doradas cúspides, con su hábito perdura
La vida y su derroche de fuegos de artificio;

Hasta que al fin, de súbito, la mariposa errante,
Fascinada en el fuego de la Cumbre distante,
Hacia él vuela a extinguir su fúlgido suplicio!

BROCAL ADENTRO

Amable suspensión, florecimiento,
Consolación callada y jubilosa,
Brillo y azulidad, presentimiento,
De una vaga tristeza luminosa.

Con alas empapadas de blancura
La lucidez perenne de las horas
Era, en la vasta lobreguez futura,
Una visión de garzas migradoras.

Al borde de las grandes inquietudes,
Se iluminaron nuestras juventudes,
Lumbre de elevación llevando adentro;

Mas fue tanto el deliquio y el ensueño,
Qué, débil rama, al despertar del Sueño
Sentime desgajar brocal adentro!

CELAJES Y BRUMAS

Desnuda bajo el sol, imagen pura
De la dichosa Lumbre presentida,
Y del Gran Manantial onda perdida
Que es conciencia de amor y de ternura.

Alma mía, entra al Sueño con dulzura
Si quieres regresar a tu medida;
Y mécete en el tallo de la vida
Con nostalgias de azul y de ventura.

En tu silencio oceánico obstinada,
Y a la gruta carnal encadenada,
No le juzgues al mar por sus espumas;

Porque con pie ligero y ala pronta,
Cierta vez, como estrella que tramonta,
Romperás los celajes y las brumas!

ISLA DE MAR ADENTRO

Isla de mar adentro, mi corazón oscuro
Es sólo peña brava con su romperse de olas.
Isla de mar adentro, en el peñasco duro
La urdimbre de sus cuitas ha entretejido a solas.

Isla de mar adentro, sus playas desveladas
Golpea la corriente de las aguas remotas.
No hay proa audaz que busque sus costas desoladas
Ni velas que se doren al sol de sus gaviotas.

Isla de mar adentro, mi corazón oscuro
Sólo en su vastedad logra sentirse puro!

A M A N E C E R

Esta aurora discreta con sus manos de seda
Otra vez tu recuerdo me ha venido a entregar.
El jardín con el alba tiene olor de reseda.
Los ramajes se empiezan suavemente a agitar.

A lo lejos la bruma pensativa se queda:
Así mi alma, suspensa, te volviera a besar.
Arrebol de las cumbres. Brisa lánguida y leda,
Y un silencio de rosas que se obstina en soñar.

Pronunciando tu nombre las vecinas campanas
Con sus voces de plata dan salmodias tempranas
Mientras rueda la luna, moribunda, al confín;

Y hasta el huerto que eleva sus secretos vagidos,
Tras la oscura arboleda con su pueblo de nidos
Llega la última nota de un lejano violín.

ELOGIO DEL PAN

Amigo matinal, pequeño huésped
Que mi mesa visitas con la infancia
De tu rostro abacial, y en blanco césped
De olán das en retozo tu fragancia;

Tu mejilla de anís, gorda y luciente,
Y tus grutas elásticas de aroma,
Tu pálida oquedad adolescente,
Tu nutricia morada de carcoma,

Muéveme, con tu párvula frescura,
A loar tu niñez de levadura
Y tu tibia inocencia perentoria.

Baje, redonda prez, sobre mi casa,
Tu elipse de bondad, tu tez de hogaza
Y prenda sé de paz, discreta gloria.

SEPTIEMBRE

El sol abre una página dorada
Del album estival. El viento, grave
Flautista montaraz, es como un ave
Melodiosa en la fronda recamada.

Aromán las petunias. Perfilada
Traza una golondrina en giro suave
Con su quilla de plumas una clave
De Sol, que va de cánticos poblada.

Riega el prado, tenaz, su tinta verde,
En la plata del rio, estremecida,
Pavonado cantil el agua muerde.

Y es un guiño de Dios medio escondida
La luna en el jardín donde se pierde,
Fugitiva, la liebre de la vida...

MONTE COJITAMBO

Monte impar, monte súbito, cenobita descalzo,
Vigia en tu armoniosa Tebaida vegetal,
Yo hago un viaje redondo a tu nariz ganchuda
Para mojar mi sombra en tu limpida paz.
Quiero oír cómo se alza la oración de tu piedra
Cuando se torna estrella tu pensamiento azul,
Palabra geológica, pronuncias mi recuerdo,
Y en mi vida es tu barro un pedazo de pan.
Semilla de la noche caída en el silencio,
Extraviado pingüino que está añorando el mar,
Te sientas en tus patas traseras como un galgo
Y estás velando el sueño del buen pueblo natal.
Montaña que yo quiero como quiero la altura
Del corazón materno que es todo mi caudal,
Candado del paisaje, enmudecida rana
Caída a todo lo ancho del cielo familiar,
Acosaste mi infancia, lobo azul, y ahora guardas
Ese aire doblegado de abuelo labrador.
Estatura del eco, avanzado atalaya,
Te hacen ronda, a la luna, las casitas de cal,
Y cuando las paredes se esconden por los huertos
Casa abajo del sueño mi corazón se va.
Oh monte, al esponjarse Octubre en los ciruelos
Una sierpe de música me echaste al corazón:
Por eso cuando muera apaga tus cigarras
Y con tu pétrea mano dame el postrer adiós.

UN LOBO EN LA MAÑANA

Claros ojos de antilope.
Manecitas moradas.
Camisilla de lino.
Lección recién cortada.
Bucles largos al cuello;
Bajo la gris mañana
El niño de 5 años va a la escuela
A pasos desvalidos por la húmeda calzada

Los grandes rostros verdes
Del Jardín, en la aurora
Le dan sonrisas blancas.

Mujeres amarillas
Detiéndense y exclaman:
—Socorro! Pobre niño!
—Ese coche lo aplasta!

El niño está en las ruedas.
El niño es ya una mancha.
Es un clavel de sangre.
¡Es rojo a lumbraradas!

Los grandes rostros verdes
Del jardín se oscurecen
Y empiezan a dar lágrimas.

Cinco alhelies trémulos
Junto al andén se cuajan.
Y cinco humeantes pétalos.
Y cinco húmedas brasas.
Y un zapatito blanco
Caído a la distancia....

Los grandes rostros verdes
Sacúdense y se escarchan.

Cinco años. Ah, cinco años
Tenia Luis Catorce
Envuelto en escarlatas
Cuando una voz solemne
Le dijo:— Eres Dios vivo
Y tu destello augusto
Destumbra a toda Francia....

Cinco años, ah, cinco años
Sin resplandor alguno
Cabe el andén lodoso
Con estertor se apagan.

Los grandes rostros verdes
Emiten, iracundos,
Pungentes vaharadas.

Mirad, mirad al lobo
Barranca abajo, huyendo
Untado en polvo de alas:
Orejas puntiagudas,
Colmillos afilados,
Perforan la mañana.

Miradle huir de un bucle,
De un huesecillo roto,
De una tronchada vértebra,
De un zapatito blanco
Caído a la distancia.

Un día nuevamente
Gritando sus jactancias
La bestia colmilluda
Sobre ruedas de goma
Detrás de sangre y bucles
Saldrá otra vez de caza.

Los grandes rostros verdes
Se están ahogando en lágrimas.

I N V E R N A L

Este río tan bravo y sonoro
Era azul y pacífico en Mayo,
No tenía torrentes briosos,
Y era un solo reír de gujarros.

Esta lluvia invernal que madrugó
Le quitó su color argentado,
Y al hacerle moreno y lodoso
Le ha tornado más joven y elástico.

Más allá queda el bosque oloroso
De eucaliptos y pinos balsámicos
Con un prado de flores menudas
Que rasguea el zigzag de los pájaros

Hoy los vientos no bailan desnudos
Con los troncos reseco y claros,
Ni en las quintas hay voces amigas
Ni a lo lejos nos llama una mano.

De la quieta humedad de las hojas
La llovizna descuelga sus brazos;
Y un olor de cocidos humildes
Se ha dejado venir de los ranchos.

El invierno se esponja, barbudo,
Con su sueño de ranas y patos,

Con sus hojas mendigas, sus hongos,
Y el alvéolo gris de los charcos.

Estas gotas menudas de lluvia,
Este olor de los campos mojados,
Este río que arrastra paisajes,
Esta muda arboleda, este barro,

Me invitaron a andar por los chopos
Y a correr con los puños cerrados,
Y he gritado tu nombre en la lluvia,
Y otra vez he besado tus labios!

Con sus ojos mendigos, sus bonitos
Y el suave tacto de las caricias.

Estas gotas tenidas de lluvia
Este olor de los campos mojados
Este río que arrastra pedregales
Esta muda mirada, este mirar.

Me invitaron a andar por los caminos
Y a correr con los puños cerrados
Y me gustó el olor de la lluvia
Y una vez me besó en los labios.

CON EL ALBA

El sol, por las colinas, alza un pájaro de oro
Que despierta y decora las soledades mías.
Me desprendo, de pronto, como un rayo sonoro,
Y me hundo en un naufragio de azules armonías.

Cabe en mis manos toda la merced de las cosas,
Y estoy en la montaña, en la oruga y el lampo,
Y en mis versos ardientes siento brotar las rosas,
Y en mi alma divagar los perfumes del campo.

Bajo este cielo de oro, y entre el lánguido aroma
De mujer que nos brinda, radiante, la mañana,
Palpitante y desnuda la vida es el idioma
De Dios hecho de lumbre infinita y lozana.

Amanecer es todo: el ave, el sol, el fruto,
El sueño, el verso, el alma sencilla y armoniosa,
Y hay emoción de altura y anhelo de Absoluto
En la vecina cumbre levemente brumosa.

¡Cuántas bellas palabras quisiera esta mañana
Azul de primavera traer a mi canción!
Deshojar unas rosas, abrazar una hermana,
Discurrir por los prados, decir una oración.

Mas, en la hora fragante, sediento de poesía,
Buscando tu recuerdo tras del azul profundo,
Entre estos manantiales de indómita alegría
Yo soy lo único triste que flota sobre el mundo!

CANCION TRAS LAS HIGUERAS

Exhala el corazón viejos lamentos
A un hábito de rosas vesperales,
Y las frondas agita, musicales,
El undivago beso de los vientos.

El álamo, desnudo, en las praderas
Se mece y con el céfiro suspira,
Mientras se oye una copia que delira
Bajo el verde dosel de las higueras.

Embriaguez de guitarras plañidoras:
Memorias de congojas punzadoras
Del amor que en canciones agoniza.

¡Qué amargura, qué niebla, qué desvelo,
Qué licor de ansiedad y desconsuelo
Se bebe en este vaso de ceniza!

CANCIONES DE CECILIA MONDINO

Silencio de mariposas
Va en tu nombre y se consume:
Lo surcan brisas ligeras
De cabelleras azules.

Nombre de música y luna,
Nombre de líquida lumbre:
Va navegando en arpegios
Y enfermo va de perfume.

Nombre, Cecilia, de plata,
De espuma que se te sube,
Y enjambre de arpas floridas
Y cielo que se descubre.

SONATA EN GRIS

Dormida queda la niña
Y en sus guedejas se esconde
Una lágrima de luna
Y un gras bostezo de azogue.

Quieta de nâcar y sueño
La niña su nardo esconde
Entre afilados silencios
Y degollados clamores.

Sobre su frente se ha abierto
El azahar de la noche,
Mientras la estrella madrina
Se mece en el horizonte.

Avispa de peto oscuro,
Por siniestros callejones
Gira la muerte en la lluvia
Husmeando los corazones.

Llora, inclinada, la lluvia
Con su guitarra de monte,
Con su abanico de pajaros
Llora la lluvia en la torre.

Flor de arena, dalia oscura,
Flauta desnuda en el bosque,

Viene la lluvia de lejos
A zancas por los balcones.

Boga en la lluvia y resbala
Como una rosa de bronce
La luna y en la alta copa
De los cipreses se esconde.

¿A dónde se ha ido la niña
De guedejas donde rompe
Su impar lágrima la luna
Entre sollozos de azogue?

¡Junto a la estrella madrina!
¡Más allá del horizonte!
¡Sobre una hamaca de auroras!
¡Tras de una nube de bronce!

Mientras por ella pregunta
La lluvia, con sus mil voces,
Sobre un lago de sollozos
Flota su nardo en la noche:...

MANECITAS

Manecitas que en silencio
Me obligáis a estar mirando
Las madejas de arabescos
Que trazáis de modo extraño;

Con el plumaje del ángel
Os la pasáis jugueteando:
Pero si el ángel os besa
Quietas quedáis por milagro.

Primera seda del pétalo,
Primera savia del tallo,
Lección primera del nácar,
Primer fulgor coagulado,

Estambrecillos inquietos,
Burbujas de luna y nardo,
Minuciosos caracoles
En dos suspiros tallados,

Duendecillos que al destino
Enviáis mensajes cifrados:
¡Cómo os amo, manecitas,
Que con Dios estáis jugando!

Como sois tan sonrosadas
Y tan frágiles, es vano

Preguntar en dónde acaba
La flor, y empieza la mano.

Bombones de espuma y besos
En rosa y nieve labrados,
Semillas de la ternura,
Luceros de cinco dardos,

Temblorosas tímideces
Hundidas entre los paños
Que ojos de madre, cautivos,
Con luz de luna bordaron;

Manecitas que al destino
Estáis siempre interrogando
Mientras os mira mi arrobo
Cazar querubens dorados:

¡Ay, si cegárais un poco
Las vertientes de mi llanto!
¡Ay, si a mis sienes cansadas
Les diérais un breve amparo!

Ay, si mi pena cupiera
En vuestro cuenco rosado!
¡Ay, si tronchárais del todo
Mis espadañas y cardos!

¡Ay, si la hiel apartárais
Que, amarga, empapa mis labios
Y del corazón la copa
Quebrárais en mil pedazos!

ANGEL GRIS

Grillito urbano en fuga del voraz hormiguero
Grotesco ángel de esparto,
Traes, jorobadito, malograda tu cuerda
De juguete barato.

Angel de quince otoños,
Angel gris, sin pintura, de rústica madera,
Comprando vas la suela, oficial de zapatos,
Mientras muere tus pies el frío de los charcos.

¿Qué traes, duendecillo,
Como un secreto encargo a las espaldas?
Marchas por la vereda, cautamente,
Y el chico del balcón te mira,
Curioso, desde lo alto.

A compás de altibajo,
Muñeco de cartón mal recortado,
Zancajeando, cojeas.

Un día llegarás al final del camino
Con tu pequeño fardo,
Guardarán tu envoltorio en una caja
Sin que haya explotado
Tu cohete de colores.

Te guardarán sin ruido
Como un pequeño grano.

Y más allá del mundo,
Tus alas, que hoy recoges,
Se tenderán a lo alto.

Entonces, duendecillo,
Tras las constelaciones
Que alzan sus fuegos fatuos,
Desplegando alerones
Que van en tu joroba,
Verás cómo se empina
Desde la tierra tibia
Que cubra tu espinazo
Un surtidor de estrellas,
Un bosque de canciones
Y un gran lago de nardos!

ORBITA

Farolillo de mar, tallo de ausencia,
Tu nombre gira en el país del viento.
El gira en la alta noche, y lo pronuncian
Las sílabas de miel de los luceros.
Le cueiga sus racimos el crepúsculo.
Hacia él caen los pájaros del cielo.
Amarillas de azúcar, las abejas
Lo chupan en la tinta de los fresnos.
Las palmeras lo escriben en el aire,
La luna lo dibuja en terciopelo.
Está ácido en la miel de la manzana,
Y está hondo en el cobalto de los cerros.
Con él divaga el fuego de las rosas,
Y hacen ondas de olor los limoneros.
Es la flecha en el arco de la tarde
Untada en un aroma de ciruelos.
Ríe con él la pálida menguante,
Para él Orión dibuja su trapecio.
Tras su frágil grabada de armonía
Vive en quietud de almendra tu recuerdo.
Por él quedé perdido como un grito
En las islas redondas de tus senos.
El socavó tu sitio como la ola
En la delgada arena del ensueño:
Y aquí estás, eco azul en abandono,
Medida mía exacta en el silencio.
Si tocas mi dolor caerá ceniza.
Nada muevas por lo hondo, te lo ruego.
¡No quiebres la burbuja de colores
Que hago girar en el país del viento!

LA LOCA DE LOS NARDOS

Por ahí viene la niña pastora da nardos,
Por ahí baja su trote inocente.
Por ahí rueda sus ojos de loca gacela
Derramando su cántaro de ascuas.
Se ha caído la noche al suburbio
Con la luna a la espalda,
Y desfilan, guerreando, los rostros,
Y hay lingotes de sombra compacta.
Se recuesta el trasbarrio entre pardas colinas,
Y se mece en un suave ecuador de campanas.
Por ahí viene la niña:
Y la luna la mira y se queda apenada.
Gira, gira la niña danzando, y la luna solloza,
Y en sus trenzas su enorme burbuja descansa.
Por ahí viene la niña agitando sus besos,
Agitando su ramo de nardos,
Por ahí vienen sus ojos de loca gacela,
Derramando el tizón de los astros.
Desteñidas, las puertas, y de luna mojadas,
Crecen musgos de sombra,
Crecen rostros rumiando ventrudas palabras.
Calle abajo se van, retorciendo blasfemias,
Dos borrachos que empujan las casas.
Con su trote de loca gacela,
Con su ramo de nardos, la niña se marcha.
Sólo queda flotando en el aire
Un tufillo de albahaca.
Tras la negra colina la luna solloza
Degollando su tierna cordera de plata.

DONCELLA MUERTA

Cáliz ya sobre nieve derramado,
Y arroyo de blancura sosegada,
En tu penumbra riel, deshojada,
La estrella que te roba el dios alado.

Tallo de soledad, ala sin meta,
Soterrado jazmín, vara desnuda,
Boca en beso tenaz, violeta muda,
Y música en reposo de violeta.

Luna eres, melancólica, en poniente,
Que tramonta el venir por el oriente
Del día la promesa sonrosada;

Y tu lirio doncel, ya prisionero,
Se clausura en el párpado ligero
Y en la trunca sonrisa enamorada.

AUSENCIA

No estás ahora. Nunca
Como hoy fue tan inútil la nostalgia.

La tarde cabrillea entre las torres,
Alegre, desde donde sin reposo
Los chicos sueltan el domingo.

Con almendros, banderas y campanas
Me voy quedando solo en el gemido.

Me abrasa, sin embargo, tu dulzura
De vieja sombra y familiar gorjeo
Discreto, recatado y fugitivo.

Conozco que desmayo;
Pero en ti me ilumino.

Tu voz empapa el mundo
En una curva y sucesiva música.

Va el iris que fabricas, indomable,
Perdido en el trigal de tus palabras.

Es cierto; ellas se irisan
De lento amor y lágrimas.

No estás ahora. Nunca
Como hoy fue inútil la nostalgia.

Estoy solo. Me voy. ¿Me voy? Me quedo.
La vida es luz y lágrimas.
Yo sé que en todas partes
Bajo un alero de dolor me aguardas.

En la memoria de la luz te encuentro.
Y en la del viento. Y en la yerba clara.

Te consagro un suspiro
Y un ancho lote de alma.

FUNERAL PARA DOROTHY

Dorothy, en la penúltima
Soledad de los diarios, bajo la memoranda,
En letra de seis puntos,
Junto a la nota de un naufragio
Aparece tu muerte sin cortejo.
Pincharon ahí tu nombre, mariposa nocturna,
Junto al asesinato de un anciano.

Gallofera del bar, desde el puerto que ansioso
Visito los solsticios,
Por los cerros opacos veo venir tu muerte
Y mis versos se tuercen los muñones,
Laborioso y nocturno duendecillo humillado.

Un tufo amargo y sordo se cierne en las hortensias
Del jardín, y tu horrenda deidad viene en mi busca,
Como antes bajo el vaho tropical a ofrecerme
Cigarrillos y chicles por las verdes higueras;
Y es familiar de pronto tu espectro y nuevamente
Contemplo bambolearse tu virginal joroba
Donde llevabas, Dorothy, un cupido enlutado;
Y están tu sonsonete gutural, y tus ojos
Y tus cejas de hollín, María Dorotea.

Presencia humana augusta de la fealdad sin tasa,
Y ambulatorio arcángel popular, vagabunda

Cariátide y efígie de la noche porteña:
Con tu carcaj de chicle, lotería y cigarros
Superaste con mucho a las muñecas tontas
De los pelicularos.

En tu panal de sombras, abejorro nocturno,
Familiar salamandra colgada de un cintajo
Por la huidiza frente,
Tu soslayo de trasgo imperturbable
Fue orillando mi mesa del café por los atrios
Derramando en la noche tu sonrisa de cieno
Que lucía aún más pura que la de toda ellas,
María Dorotea.

Ángel frustrado, lacia deidad del abandono,
Cigarra laboriosa, cigarrera, cigarra
Montuna, tú naciste por desmentir la fabula
De la misericordia, ferozmente cristiana,
Madrina del mosquito, novia de los jevenes,
Santa Dorothy, Santa del brutal estropicio,
Adrede te dejabas robar de los tunantes
Por pillarte un vizcacha del malecón nocturno.

Nadie llora tu muerte, Santa Dorothy: nadie.
Nadie se queda huérfano.
Sin embargo, por duelo, cegó un ojo la esquina
El farol de tu barrio.
Como Budha, moriste de un atracón; y al verlo:
Ha sonreído la gente endomingada.
El gordo aquel, tu amigo del restorán, sabiéndolo
Soltó la carcajada.

Ambulante dibujo de Picasso o de Goya,
Nada queda en el puerto de tu vida mostrenca,
De tus ojos de can vagabundo,
De tu boca de turbio albañal con jazmines,
De tu afígie vencida de pantano y de magma
Ya coronada ahora con dalias de gangrena.

Santa Dorothy, adiós. En el extraño barco
Que ha de llevarte a puerto
Búscame ese billete de la gran Lotería
Que no cubren abajo.

Mientras tanto, María,
Una cruz de colillas se amontona en tu nombre,
Y la luna te mece su responso en los álamos.

MUELLE ABANDONADO

El muelle abandonado laciamente acurruca
Su osamenta de saurio y hunde en el mar la nuca.
Camello arrodillado en la noche de brea,
Con los belfos inmensos se bebe la marea.

Tendida amablemente hacia el confin su mano,
El mendrugo de un barco recaba el muelle anciano:
Mas sólo las gaviotas visitan su espinazo
Donde entreabre sus llagas enormes el ocaso.

Qué claro el viejo muelle permite ver sus ansias
De recibir navios de todas las distancias;
Mas cada barco adusto pasa como una anguila,
Y el negro tablonaje sus lágrimas destila.

Empero, en las mañanas recorta su figura
El sol, y le derrama sus frascos de pintura.
Entonces, sobre un charco de añiles sobrenada,
Y es el templo del iris el muelle en la ensenada.

Con su brazo ganchudo la grúa, del poniente
Arranca las estrellas y las clava en su frente;
Y junto a las gaviotas que allí buscan fortuna
Engulle como un viejo pelicano, la luna.

A veces contemplando saltar a los delfines
Le empuja mar afuera su anhelo de confines,

Y cruje el maderamen, y otra vez se endereza,
Y con sus verdes labios de sal el mar lo besa.

Después, callado y quieto, cual yogui pensativo
Se aferra a los recuerdos que lo tienen cautivo,
Y así florece en besos, pañuelos, banderolas,
Y hay música de adioses que emerge de las olas.

Sobreviene la noche con su gran disfumino,
Y en el muelle derrama resplandor de platino.
La luna por su lomo pasa como una mano,
Y le hablan los alisios con un acento humano.

El se recoge, entonces, marino soñoliento,
En la actitud ingenua de relatar un cuento;
Pero un golpe de mar de pronto le despierta
Y en su vejez oscura hay otra herida abierta.

Viejo muelle, en la fiesta de tus algas marinas
Tañen mágicas arpas las aguas cristalinas;
Y cuando las parejas se besan en tus brumas
Lo cubre todo el velo nupcial de tus espumas!

PLENILUNIO Y SONATA

Nocturno mar. Nocturna anémona de fósforo
Abierta sobre el mundo y en el aniquilada.
La noche alzó a lo lejos su centinela abstracto.
Por el confin, la luna rodó su ausencia blanca.
En las tranquilas proas vestidas de sollozos
Los sordos corderillos de la espuma rastreaban;
Y rastreaban las manos sucesivas del viento
Paciendo en las tinieblas mugientes cabalgatas.
El mar y tú cambiaban miradas fabulosas,
Y atmosfera de voces y guerra alucinada.
Triunfaba sobre el piélago tu desnudez viuda,
Impar y repentina como una cuchillada.
Ave atónita y pétrea, la luna era una gota
De asombro que descende, redondo, sobre el agua.
Hinchando arquitecturas de cristal indomable
Abria el mar de níquel su monstruosa ventana,
Y llena de una inquieta tristeza arborescente
Ciudades de tinieblas a tus pies derramaba.
Entre tú y yo crecieron orquestas pavorosas
Y un territorio mágico que todo lo inundaba.
Lampo de sal, frecuente caracol, tu sonrisa
Su charco de blancura entre los dos posaba.
De pronto, entre tu sombra y mi sombra no cupo
La lámina del viento ni el pétalo del agua;
Entonces, pura y tersa como un licor sin nombre,
Sumergida en la copa del plenilunio, clara,
Echaste en ella todos tus ángeles salobres,

Y jardines de menta, y torres saturadas,
Vertientes de zafiro, espejos en batalla,
Y cordilleras ágiles, y edades derribadas.
Sobrevvenida, luego, y envuelta en un incendio
Metálico de estrellas y luz enbalsamada,
Oculta en un palacio de crisantemo y sangre,
Cuán quieta bajo un rayo de soledad estabas.
Hice saltar tus nardos en manantial. Quedaste
Vencida como el musgo y como él profanada.
Te ungi después con dulces palabras olorosas,
Palabras vegetales, resinosas, balsámicas.
Sacudió el mar su enorme cabellera de fósforo.
Con paso de gacela la aurora se acercaba.
Y al entreabrir sus ojos el puerto, mansamente,
Se nos fugó la noche apacentando estatuas.

TEMA Y VARACIONES CON MANUEL BANDEIRA

Fluye el verso claro de Manuel Bandeira,
¡Y el cielo está azul!
La brisa me trae perfume de acacia:
¡Y el cielo está azul!
Brotó el verso límpido de Manuel Bandeira,
Y hay sol y verdor.
Sonríen los niños alegres, y hay pájaros,
Y un tibio esplendor.
Con su ruda mano, el buen campesino
Cartea a su amor.
Sobre el poncho escribe, en el viejo banco
Tostado de sol.
La mañana ríe sobre los jardines;
Pasan taxis, hombres,
Y, de pronto, tú.
¡Toma, lee el verso de Manuel Bandeira!

"Eu vi uma rosa
—Uma rosa branca—
Sózinha no galho.
No galho? Sózinha
No jardim, na rua.

Sózinha no mundo.
Em torno, no entando
Ao sol de mei-dia
Toda a natureza

Em formas e cores
E sons esplêndia.

Tudo isso era excesso”

¿No ves cómo el verso de Manuel Bandeira
Te embriaga de azul?

¿No sientes que quema su rosa de llamas,
Su incendio de luz?

“A graça essencial,
Mistério inefável
—Sobrenatural—
Da vida e do mundo
Estava na rosa,
Sózinha no galho,
Sózinha no tempo.

Tao pura e modesta,
Tao perto do chão,
Tao longe na glória
Da mística altura,
Dir-se-ia que ouvisse
Do arcanjo invisível
As palavras santas
De outra Anunciação”.

¿No ves cómo el verso de Manuel Bandeira
Es vino y es miel?

No sientes que besan sus rosales de ágata
La flor de tu piel?

Con su ruda mano el buen campesino
Ya escribió a su amor,
Carta y poncho llévase, desde el viejo banco
Tostado de sol,

ALARDE DE ESTANDARTES

(A José Peralta)

Porque contigo empieza la Patria a hallar donaire
De paso firme, y alto, y elegante, y altivo;
Con una estrella nueva amarrada a los brazos;
En una fresca lumbre galopante
Como un corcel que vuela ataviado de luna
Tu buena nueva envuelve al Ecuador y al siglo.

Contigo, con tu nombre, se hace cristal la niebla,
Y abre grutas azules, y arroja resplandores,
Y es armónica, y canta, y se vierte en las almas
Como un añejo vino que ardiera en las palabras.

Contigo viene sobre el mundo
La aurora aventajada de olivos relucientes,
Y un repentino júbilo de palomas abraza
Con su torrente alado los hombros de la tierra.

Estrella que alta muere; ascua en tiempo de mirtos,
Te escuchamos, piloto, y oímos tus mareas
Atronando sus voces de triunfos y designios,
Titan adormecido, ahora, entre laureles,
Girando un corazón que enciende un sol amargo.

La libertad nos llega, sus liebres perseguidas,
Contigo arrebatadas por tu río de angustias,
Que revuelve tu nombre entre cenizas.

La libertad nos llega traída de tu mano
Entre calles repletas de sollozos,
Entre ardientes batallas,
Y sangre henchida en odres,
Y degolladas sombras maldicientes.

La libertad nos llega fugitiva
Coronada de fuego, desde el antro
Que abrimos con tus llaves de capitán herido.

La libertad nos llega con sus abejas de oro
Sobre rostros de niños sin mortaja,
Sobre el océano que muere en los orígenes,
Sobre el clavel de arena desbordante
Del héroe abierto en púrpuras sin límites.

La libertad nos llega: su embriagador jenjibre
Mata al escarabajo en torbellino,
Mata al bisonte lúbrico, en rebaño,
Y su luz ilumina la cueva de Altamira:
Y esculpe así el otoño de verdugos hambrientos,
Y ahuyenta los recónditos vampiros,
Y canta con las voces primarias,
Y espera, junto al siglo, buscando a los humildes,
Teñida de verdad, de razón y de lumbre,
Que las cárceles rompe y ahuyenta las pandillas.

La libertad nos llega contigo, hasta nosotros,
Con tu clara palabra que discurre en tus libros,
Embebida en el sol de Bolívar,
Embebida en el rojo licor de Robespierre,
Y de Hugo, y de Rousseau, y Mill, y Spencer,
Y es fecunda, y es río de montaña hacia el valle,
Cayendo a los molinos....

Florécenos la estrella, la lengua tiene lirios,
Trae manjar la luz y sus corolas
Son castas como el viento;
Trae olvidadas túnicas el pueblo,
Y no sombrío muere mejor canta y se empina.

Trae una núbil clámide aromosa
La esperanza, que entreabre manantiales
Y llega hacia nosotros; caída está su estrella
En las manos humildes.

Los veteranos lobos nada pueden
Con la antorcha fulgente que les dora las ancas
Mientras sopla a su oreja un viento de laureles...

Las garduñas ariscas nada saben
Del amor inocente del agua esplendorosa;
Agua que es libertad a los costados,
Libertad que es fluencia líquida y transparente.

Libertad tuya, clara, cayendo a los molinos,
Embeleso de lumbre en las conciencias.
Tu libertad, piloto, es el humo en el cielo,
Es el viento en el cielo, es el ave en el cielo,
Es la cruz hacia el cielo, la oración hacia el cielo,
Es la prez sin atuendo, que en si misma ya es cielo.
Y es el cielo que puede ser azul o de lluvia:
Cielo, viento, luz nueva,
Libertad, bosque, canto, mar inmenso, nevado,
O tomillo escondido o alberca
Discurriendo entre mentas y guijarros,
Y discurso de grillos y cigarras,
O heredad de madera del hongo cenobita....

Tu libertad es de húmeda montaña
Donde cuelga su clámide la niebla,
Donde es corza remota y joven la palabra.

Tu libertad nos llega con el vaho
Que despegan, al alba, pausadas, las techumbres;
Con el calor y el rostro de los hijos,
Con un hálito de hornos cundiendo la alta noche,
Con la voz maternal que se enciende en la casa,
Con el pan a la mesa y el son de la hortaliza
—Verde monja unitaria—, con la paz del navío
Recortado, al esmalte, en el trópico,
Con el río montuno meciendo las canoas
Repletas de banano y corazones;
Con la voz campesina del arado,
Con un viento de establo y pajonales,
Con la melena glauca de la ola y la palmera,
Y la violácea voz del mar y sus galopes.

Tu libertad nos llega, buen piloto,
Revestida de normas y de orígenes,
Y de batallas crudas, y disparos,
Y bayonetas fúlgidas, y bronces,
Y cañones hundidos en rojos horizontes:
Mas también con degüellos repletos de corceles,
Y trompetas, y rayos, y campanas.

Tu libertad nos trae la montaña y el bosque,
El estero, la huerta y la atarraya,
El pescado, el barbecho,
Y el paso firme y alto del Ecuador que hiciste:
De este Ecuador sin calderas,
De este Ecuador sin potros, sin cepos ni tormentos,
De este Ecuador que nunca morirá entre bostezos,
Ni en las negras zahurdas, ni en gradas del pretorio,
Ni en la joroba muda del páramo desnudo.

Y no hay lluvia como esa de tu dorada pluma,
Que fecunda los surcos del principio;
Que es límite y espada doblegando la audacia,
Y es función rojiza, destellante,

De cláusulas— corceles triunfantes y absolutos,
Cabalgando legiones, deidades capitanas.

Y no hay delgado antilope de ardiente luz y larga,
Ni violadores dardos de flechadora aljaba
Que iguale en leve trote la luz de tu mirada.
Contigo viene el agua
Materna y siempre joven y quebrada
Entre los dedos dulces de las colinas claras;
Y una flauta nos trae, entre amapolas,
Y acaricia y se marcha, pues tiene ala,
Y regresa de nuevo, y envuelve los jardines,
Y dá sonrisa a todos los jazmines,
Y discurre en los patios y en las parras,
Y libertad se llama otra vez; y en la noche
Despierta entre los sauces un clamor de guitarras.

Soldado en largo estio sumergido,
Tras la guerra y su coágulo en la frente
Entregaste tu lámpara encendida
Sobre los campos yermos,
Sobre el mendigo que dormita,
Sobre el indio que sangra,
Sobre el huérfano mudo,
Sobre el misero anciano sin sol ni ropa usada:
Entregaste tu lámpara y su avispa dorada
En tu ley, en tu pluma, que hizo dique al sacrilego,
Y al desvalido ungió, y al desposeído oscuro,
Y quemó los tocinos repletos,
Y dió caza a los negros jabalies,
Y a los sahinos fétidos ahuyentó sobre el rostro
De la Patria ultrajada, escarnecida,
En un atroz galope de ventarrón oscuro.

Nos diste, esperado piloto,
La meditada holgura de un tiempo de jinetes,
De bravios heraldos y trompetas triunfales,

Y de flechas marítimas y rosas de los vientos
Y capitales altos de laurel crepitante;
Nos diste, aquí, trinchada, desnuda, la cadena
Machacada; y la frente del verdugo
Sangrante de saliva por las calles;
Y la sucia carnaza del impostor impio
Atándola a la cola de tus verdades raudas.
Entregaste tu lámpara y su avispa dorada
Con soterradas voces de mareas,
Para que hablemos siempre con la Deidad Primara
En justicia y en orden y en derecho y en goce
De entreabiertas sonrisas capitanas....

Contigo, lúcido piloto,
Hermano de los vientos libérrimos del Ande,
Hermano de los cóndores,
Hermano de la escuadra desnuda de volcanes,
Desciende, en catarata de laureles,
La lumbre bienhechora de la edad que gozamos
En la frente del pueblo y en su arteria
Donde giran tus voces presentes, si la túnica
Que te envuelve es del pueblo y su laurel eterno.

Desde tu efígie corren manantiales
De humanidad actuante y sonriente
Bajo un sol de guerreros y de niños dorados.

Ataviado de espigas y de voces,
Ataviado de cánticos,
Tu carro destellante se va por las montañas,
Como un Apolo nuevo, con arados,
Con flores, con molinos,
Con vuelo frágil y alto de los patos silvestres,
Con la risa de zumos del niño campesino,
Con un cantar de madres de sierras y sabanas:
Y así nos amaneces en la aurora,
Y así te saludamos en el eco,

En todo el tiempo adormecido y leve
Que habitas con tu brillo;
Te saludamos ya, piloto,
Con un pregón de fuentes, con un humo de fábricas,
Con un rumor de selvas, con una voz de ríos,
Con sirenas, y torres de petróleo, con minas,
Con surcos, y con yunques y con rostros obreros;
Pero te saludamos, sobre todo,
En cada monte, en cada piedra, en cada guija,
Con un cálido alarde de estandartes,
Y abriéndote, a que pases, oleadas de clarines,
Y por los altos muros torrentes de banderas!

VELERITO Y FAREWELL

Has partido. En el mar, un velerito.

En la espuma que fuera un abanico,
Yo te miré partir junto a las olas sordas
Y a los vientos que azulan sus locas cabelleras.

Has partido hacia el hijo, hacia la hora rubia,
Y en la playa, desnudo, yo toco tu nostalgia
Con mis manos de niebla que mastican la arena.

Partiste exactamente a la hora en que los nidos
Encienden su ángel de oro, y un párpado de luna
Se mece entre los cuernos del caracol oscuro.

Adiós, tú. Adiós siempre, estrella minuciosa.
El viento es una lacia paloma sollozante
Que cae como un pañuelo.

CLARO DE LUNA

Bajo la crencha melodiosa y grata
Del surtidor que en el jardín se enluna
La clara noche su licor desata
Y el mar derama su canción de cuna.

Con dedos de ópalo en su azul Sonata
Beethoven vuelve musical la Luna,
Y en un torrente de encendida plata
Se van las horas que la sombra acuna.

Suaves anhelos del placer no hallado.
Viejas nostalgias del amor soñado.
Intimo ensueño que en quietud navega.

Y paz. La dulce soledad del alma
Con su serena floración de calma
Mientras el beso de la Aurora llega.

DEL SOSEGADO AFAN

Ir a ver cómo brotan, nupciales, los ciruelos,
Y en el huerto beberse la miel de las mañanas.
Platicar con barbudos labradores abuelos
Cuando los vientos duermen detrás de las montañas.

Desde el rincón discreto que huele a manzanilla
Ver que la luna entreabre su párpado en la altura,
Y cavilar apenas, y en la grata y sencilla
Amistad del silencio poblarse de ternura.

Llevar la azul espina de un amor ya distante.
Dejar que bogue el alma en la quietud fragante,
Y hundirse entre la vaga simpleza de las cosas.

Besar rostros de niño, mirar plácidamente,
Y una tarde dormirse definitivamente
Entre un sollozo de auras y un suspirar de rosas.

ESTATUA DE HUMO

Empinado en el grito me asomo hasta tu nombre
Mientras crece tu ausencia sobre mi carne, lenta.

Te me vienes de golpe, como una puñalada
Y mi silencio livido desangra su respuesta.

Estrella mía, tienes la historia del crepúsculo
Relatada por boca de mi vieja tristeza.

Dulce y aniquilada te me borras del todo
Como un paisaje ciego mordido entre las quebras.

Mi voz, desde la noche te refleja en mis labios
Como un espejo antiguo que eternamente sueña,

Y tu recuerdo en mi alma dibuja un pueblo manso,
Polvoriento y lejano donde el silencio acecha.

¿Qué tienes que me llegas de los cielos más altos
A golpear en el tiempo con tus manos de niebla?

Solo. Solo y distante, encendiendo caricias,
Desnudando palabras y silencios de piedra.

Amputada mitad de mi mismo, te busco
Aturdido, por todas las esquinas del mundo.

Toma, toma mi vida. Te regalo mi vida
Como un manjar humeante. Tú me llevas, me llevas.

Oh ternura ululante habitada de ensueño,
Contigo empieza el mundo a no tener fronteras.

Música y son de ayer, errabunda y distante,
Emerges siempre, siempre como en la onda la estrella.

Ayer tu plenitud era de rosa y agua,
Y hoy tu brisa sutil va oradando cavernas.

Me incliné sobre ti como sobre una fuente
E hilaron mis cigarras su canción lisonjera.

Escondida y cuitada, mi inquietud te persigue
Con sus manos de viento que sacude arboledas.

Manos de viento loco, criatura vertida
Tremante y gembunda, vagarosa y eterna.

Mi inquietud, Ah, tú callas. Ah, tú no me respondes,
Ah, tú, la estatua de humo coronada de ausencias!

VENTANA AL HORIZONTE

Mi ventana me tiende sus brazos de madera
Diciendo, al saludarme, su arenga de costumbre.
Con sus gafas de vidrio, mi ventana es un magro
Orador que hace frases con vocablos de nube.

Habla en verso y en vano porque no hay quien la escuche.
Enfrentada a una esceptica muchedumbre de libros
Tan sólo como un rubio granjero el horizonte
Empinado en el potro del viento la saluda
Con un ancho sombrero de colinas azules.
Pájaro luminoso con voz de mediodía,
Cuando bajo el alero teje un nido de luces.
En la guitarra caen los copos del silencio
Y un estupor nervioso por las cortinas sube.

Enarbolado grito, la paz de la honda luna
Navega de los vidrios en la bahía dulce:
Entonces mi guitarra sobre la audaz cadencia
Siente anhelar los dedos que en la sombra la pulsen.
Cuando la clara noche sale a vender estrellas,
Un país de margaritas de los cristales surge.
Ventana, mi ventana es un plato de cielo
Que abre una charca azul donde el tiempo se pudre.
Pero como es la antigua prometida del viento,
Le da besos de cal y sonrisas de nube.

PATIO CON SOL

(A mis hijos Leoncio y Esperanza)

Cielo azul descornado sobre los floripondios.
A veces el geranio da un discurso incendiario.
Sol colgado y maduro con temblor de durazno.
Huele a mañana verde la campana distante
De la misa en el barrio que zumba trabajando.
De largo en largo el cielo se estira sobre el viento
Y el humo azul nos trae un recado de campo.
En la tinaja el agua tiene un coloquio de hojas.
Caen azahares del limonero
Y vuela y se destroza el día en las vidrieras.
Al mediodía canta la tinaja una sustancia
De verdor jubiloso, una sustancia
De tiempo con sonido,
Y el jazminero edita un poema inacabable
Mojándolo en la música que yo sufro en los ojos.
El patio tiene una fuerte arquitectura
De conciencia compacta, una vieja tendencia
A firmar pactos luminosos con las ventanas verdes.
Se derrumba de miel la pequeña persona del ciruelo
Y algo huele a lombriz, a legumbre, a tierra honda.
Cae el verano solitario.
Caen los nombres empolvados.
Caen las amarillas palomas del silencio.
Caen los vientos desviados, los aleteos verdes,

Y el líquen, y las moscas, y las ranas,
Y el tiempo. Cae, luego,
Un lingote de luna en las paredes
Fijando propaganda partidaria del sueño.
Estanque dulce a veces del patio verdinegro,
En él como cerezos se sumergen los días,
Las campanas, los pájaros, las libélulas viejas,
Las hojas arrugadas, las yedras y la mata
De margaritas blancas, espuelines del viento.
Patio con sol, inmóvil, como un niño con sueño,
Lleno de madre selvas naufragando en las piedras.
En él crecen los hijos que sembró la ternura,
En él reciben baño de honda paz los recuerdos,
Y la estatua salvaje del dolor se enmohece
Derruida y opaca bajo el musgo y el tiempo.

GRITO

Poderosa tiniebla sorda de maravilla,
Tu herida está en mis manos y no la arrojare.
Yo tengo aquí una herida devorada de estrellas,
Rota en la dura tierra, desatada y mortal.

Soy dueño de la nave, capitán timonero,
Alarife del sueño, señor de tu orfandad.
Yo soy la raíz oscura royéndote en lo opaco,
Y es mi voz la pionera de tu montaña en paz.

Jinete en tu soberbia mandé que te callases;
Tu voz sobre mi tierra no volverá a volar.
Yo soy la raíz oscura royéndote en lo opaco,
Y estoy al otro lado de ti por siempre más.

Estoy al otro lado de ti, tengo tu herida
Limitada en mis manos enfermas de oquedad.
Estoy al otro lado de ti que no me buscas
Porque me sabes dentro, piedra de soledad.

Poderosa tiniebla sorda de maravilla,
Tu herida está en mis manos y no la arrojare.
Aquí te suelto el grito que en lo hondo se te clava
Como en la ciega tierra la uña azul del mar.

Crucifiqué mis noches en tus brazos de noche
Y allí encontré esta herida que no la arrojare.

Oh sombra derramada sobre mi cruda sombra,
Soy la mancha de música que siempre roerás.

Te desaté canciones, te di a volar mi sangre,
Saqué luz del guijarro y orné la vaciedad,
Y tú fuiste la jarcia mordida por mi viento,
Ojos de ciego olvido cerrados al besar.

Poderosa tiniebla sorda de maravilla,
Tu herida está en mis manos y no la arrojaré.
Aquí te suelto el grito que en lo hondo se te clava
Como en la costa brava la uña azul del mar.

Ah, te he gritado tanto desde lo alto del alma
Que ya eres el espectro de un grito: nada más.

RITMO PRESENTE DE LA NAVIDAD

Ultimo nombre azul, signo y deleite,
Navidad, breve alondra, mas sierpe fugitiva,
tus súbitas pestañas de bengala nos abren
un camino, una selva, un piano,
una montaña blanca, una no usada boca;
la escalera de piedra con verdines,
el jardin con higueras
y el tapial que levanta su más firme palabra.

Navidad, tus pestañas de musgo nos entreabren
el sendero del bosque de algodón, la laguna
de azogue del espejo,
un país de buñuelos, ciudades de corozo,
establos con estrellas y arcángeles de estuco,
y un grito sobornado, y una aleluya débil,
y una paz de cartón.

Navidad, con tu duende luminoso despiertas
la juventud del verano, la estación de la rosa,
el pueblo del confite, la tribu de campanas;
mas también la tiniebla que en las sienes aulla.

Navidad, tengo un grito, un ciego acento
y un puño suspendido sobre tus camposantos
de cruel cristalería y aljófár ofensivo.

Bruja de celofán, arpia enconfitada,
paseas tu alta fiebre por los ojos del niño
y todo te lo guardas tras del cristal gendarme.

Trasvasas solamente tus luces heridoras
y reservas tus luces inocentes.
Escondes tus ciudades de pintura,
tus montañas con nieve, tus abetos,
tus cenas, tus saraos,
tus pueblos de latón, tus osos de peluche:
y caen sobre el niño descalzo tus tremendas
catástrofes de azúcar, tus castillos
de espumilla, tus faunas de celuloide, tus trenes
de aluminio, tus magos de resorte,
y tu estúpida luna de tarjeta postal.

* * *

Navidad, tengo un grito para tu noche de tabaco,
Y en tu nieve, una daga que viaja a tus entrañas,
Tengo también antorchas al final de un camino,
enfocando el sollozo de la madre, y el rostro
de ese nene que sopla como una cornamusa
el biberón del viento en la noche implacable.
Entrégale a los niños tus cabañas
de oro y miel, tus bateles de azúcar, y tus huertas
de jengibre, el ejército de serrín y resorte,
y la magia sonora que trae el villancico.
Entrégale a los niños tu miel, tus lentejuelas,
tus estambres de plata.
Echa abajo esas viejas cordilleras
de vidrio, y vuelca tus bazares,
y ruja un terremoto en tus mundos de cuerda.

* * *

Yo tengo un lampadario, Navidad, que denuncia
el rostro del rufián naufragando en las "boites"
y el de la barragana que descuartiza el mambo.
Y el de la dama altruista que escupe sobre el niño

dormido en las aceras, y aiza en brazos al chico
que viaja en cochecillos de organdi sonrosado.
Yo tengo un lampadario que ilumina de! todo
la risa del mucamo de chistera,
y el gesto de la rubia cocota de los clubes,
lo mismo que la mueca del nenito afiebrado
que viaja a las espaldas de aquella muchachuela
de trencillas piojosas
que se echa al intestino un cohete de colores.

Tengo una llamarada que afila sus cuchillos
en la ágata y el ónix del palacio
rastacuero, que huele a "Chianti" y a opopónax,
y a sobaco decente, y a "notre amour, ma belle",
cuando en la calle ambulan los niños macilentos
de Nochebuena, y lloran bajo un farol de barrio.

* * *

Mas, también tengo un grito, Navidad, en tu noche;
tengo un grito y, por cierto,
ya no es tuyo el final del camino, ni es tuya
la estrella degollada que se empina al oriente
cargado de metrallas y carnes pavoridas.

Ultimo nombre, empero, azul y florecido
al final de los ojos. Carreta de la tarde.
Sonoridad viuda y copia fugitiva:
aqui están tus canastos de guitarras, tus coplas,
y el retrasado mago y el dromedario inútil.
¡Vayámonos, camino del mundo, derramando
luces, espigas, cohetes, sollozos y nostalgias
y el cuchillo que tomo para partir los versos!

Aqui estás, rio de oro de ayer y claras manos.
Mirada pensativa. Boca murmuradora.
Abrazo del amigo de juventud. Y el beso.
Mano que oprime suave.
Cuello que desfallece. Rostro que nunca muere.

Aquí estás tú de nuevo,
matando mariposas allí cuando la oruga
de la luna empezaba a rastrearnos las sienas.
Eras así, pequeña y soterrada lumbre,
calleja blanca, plástica, breve pan sin borrasca,
sueño de mil colores,
sonrisa, y sol, y nieve,
y estabas en la abuela dadivosa
con un viejo cayado detrás de cada lágrima.

* * *

Por eso os pido, amigos, dadme otra vez, rugiendo,
del sollozo con hipo de la niñez, del grito
del chiquillo confiado en sus piernas, del país
de las cometas ágiles y el trompo de colores.
Abridme, sí, del todo, aunque no lo quisiérais
al viento de la tarde vuestro mejor poema,
vuestra bella palabra,
vuestra luz descarnada,
abridme aquella tez, aquella mano,
abridme aquella suave bandada de suspiros
que pasaba rozando nuestras sonrisas claras.
Abridme, sí, del todo, aunque no lo quisiérais
hoy día sólo quiero un jardín con higueras,
un camino, un piano, una no usada boca.
Hoy día sólo quiero que me abráis un secreto
país lunar, la alcoba
de la violeta, el blanco
clamor de las magnolias,
la mirada perenne de las constelaciones,
la fugitiva estatua de la fuente.
Abridme una mirada, abridme un libro,
abridme una escalera de piedra, o un naranjo
y la cárdena mueca de los recién nacidos,
y el gesto del lacayo, y el gañir de la orquesta.
Mas, cerrad vuestro gesto degollador de niños
y cerradme del todo vuestra ciudad de cuerda
y de nevado estiércol, y la loca

marea de canciones de inútil desvario.
Y quedáos la mirra y quedáos la copla,
y quedáos el grito de la cocota y todo
el latin y el aljófár y la cruel musaraña,
y entrad a los bazares, y dejadme, y morios,
si, morios, amigos, mas morios del todo
con la muerte del niño que viaja a las espaldas,
y se escucha hacia adentro como un muro inocente
que se alza allí, al final de todas las estrellas!

A H O G A D O

Mareas agitadas, silbatos de navios,
Cielos del septentrión y neblinas del norte,
Viento que trae olor de pescado y gardenia
Persiguen al ahogado y su rastro salobre.
En busca del ahogado salieron las gaviotas,
Saltieron los gemidos y el hombro de las torres;
Y salió un horizonte de sandías y mástiles,
Los pregones, la brisa, y el rostro de los hombres.
Salieron en su busca velas, faros, sirenas,
Y proas, y sollozos, y bravos pescadores.
Salieron funcionarios, telegramas, sudores,
El sol de las palmeras y un gran olor a monte.

Con su cofia de vidrio y su jubón de légamo
Siguió el ahogado oculto en su gruta de azogue.

La frente del ahogado dispara una centella
De ajenjo entre los lotos abiertos en la noche.
La frente del ahogado dispara un ramillete
De anguilas y de valvas y desleídos bronces.
La frente del ahogado dispara una guirnalda
De soledad verdosa y un arco de vapores.
Y sus ojos disparan su fosfórica menta,
Y estrellas de jenjibre y un prado de burbujas.
La frente del ahogado y su timón de greda
Gira en torno a las grutas del légamo desnudo,
Y hace girar en torno un trópico de peces

Y de fugaces órbitas, y lunas derretidas,
Y aros de clorofila, y globos de luz agria.
Bajo ondas que enturbiaron atónitos clamores,
Bajo una cruz de viento y anémonas de bruma,
Con su timón de greda, su estalactita de algas,
Su clavel tenebroso y su burbuja insomne.

Con su cofia de vidrio y su jubón de légamo
Está el ahogado oculto en su gruta de azogue.

A la hora en que interroga el cuello de las garzas
Y agita el sol su verde hopalanda de loros,
Y entreabren sus pestañas las jóvenes palmeras,
Y embravecen su aroma las axilas del trópico
Salió por fin la madre... y en los vientos bravios
Soltó una alondra negra y un ramo de sollozos,
Y soltó un ángel loco, y un pez ató a sus trenzas,
Y ungió el vientre con sal, y abrióse en estertores,
Y los senos desnudos hundió en el mar, y luego
Los dió a lamer al viento de los cuatro horizontes.

¡Con su cofia de vidrio, con su jubón de légamo!
Sobre una cruz de menta salió el ahogado a flote!

ELEGIA EN LA MUERTE DE MI PADRE

Ceñida a tu cansancio de llanura sin voces,
Mi oquedad se desnuda y estalla en el vacío.
Habitante apacible de sosegado límite,
Un pájaro de piedra se ha posado en tu nombre
Y lo hunde en una abstracta redoma de cicutas.
Alto vigia, empero, nauta insomne, yo tengo
La seña de tus islas, y descubri que estabas
Perenne en la liviana palabra de las cosas,
Y en los ojos de corza de todos mis sentidos.
Sobrevienes, por eso, de pronto, en el suspiro
Al entreabrir su párpado de trinos la mañana,
Y llegas con los pasos puntuales de mi verso,
Y te posas del todo, y de nuevo gravitas
En la rosa y su breve ciudad de terciopelo,
En mi cautiva carne que prolonga su angustia,
En la penosa oruga del sueño y en las quietas
Cicatrices de lumbre que traen los espejos.

Para qué ir a buscarte al límite, si vives
En el corcel de espumas que me habita las sienas.
A qué nutrir avispas de locura en mis manos
Si trémulo retoñas en surcos de mi tacto,
Si doras mi silencio con tu silencio y me abres
Tu nardo de sosiego y constelada calma,
Si tengo tus arroyos de dulzura, tu llama
De inasible cintura, tu florecida esencia,

Tu mano que bendijo el trabajo y el sueño
Y esta escala de música que pernocta tu sombra.

Para qué hender la tierra y retar al abismo,
Escupir a la muerte y quebrar sus falanges,
Para qué los venablos, si las manos elevan
Su torrecilla frágil y hacen posible el cielo.
A qué el súbito túnel y el turbio pozo insomne,
A qué tender los brazos a las aguas sin luna,
A qué la frente hundida en lóbregas banderas,
A qué el indeclinable vertical alarido
Y el impulso de toda la tiniebla, el oscuro
Relincho de la pena, los trasnochados trenes
De la angustia en las sienes y el tropel de la sangre,
Si tengo un ángel livido en la voz para el viaje
Que emprendo a ti en el agua crecida de los astros.

Aquí estoy, sin embargo, con las manos derruidas
A buscarte, circuido de ceniza y oramen.
Desde la honda clausura de la memoria y la ancha
Palidez de los meses, desde mi calcinada
Niñez y la derrota de los años en fuga;
Desde un risco apagado sin hábito de espigas,
Desde un lago que esconde entrañas de paloma
Me asomo, de puntillas, a abrirte el sol de Mayo
Y sus panales de ámbar; y acudo a tu visita
Trayéndote en mis dedos un tacto de violetas
Y en mis ojos la líquida resonancia del átomo.
Vengo a ti, que descansas en el tallo del sueño
Cuando apunta la luna su jazmin lacerante,
Cuando entreabre la noche su anémona de luto,
Y en lo alto del gemido maduran las estrellas.
Oculto en una esquina de la canción, contemplo
De nuevo tu sonrisa cruzar en vuelo errante
Los amarillos vientos que apagan las palabras.
A tu visita traigo conmigo la copiosa
Amistad de mi llanto pero también la fuente
Que puso en tus arterias su musical esencia,
La torre de ceniza que se posó en tu boca

Y la espiga de sangre que al pecho te naciera
A tu visita llegan conmigo los paisajes
Que arrodillan su inútil conciencia de amaranto;
A tu visita llegan las soledades ácidas
Que agrupan sus racimos de hiel en alta noche:
Pero también se llega conmigo el don luciente
Del verso, que te trae su musgo de armonía,
Y viene el pardo nimbo de junio en las montañas,
Y el cinturón de menta de las tardes de agosto,
El telar de la lluvia estirado en los vientos,
El tropel de perfumes del sosegado huerto,
Y una mano que empuña una siembra de tiempo.
Mirame tras la ceja absorta de los mármoles
Cómo muevo los bosques y enciendo las resinas
Cómo alzo y evaporo mi soledad celeste
Sobre tu instante eterno y tu ademán cautivo.
En noche derramada mirame cómo agito
Tu inesperada atmósfera que cabe en el sollozo.
Mirame cómo bebo tu sombra maniatada
Grabándola en la oscura corteza de mi canto:
Cómo arebato al día sus veloces cuadrigas,
Y al cielo sus pacientes y azules dromedarios,
Cómo mi dardo hiere los ojos de la esfinge
Que germinó el menudo estambre de la lágrima.
Mirame izar tus velas al viento de la tarde
Mientras gime en mi Madre una paloma opaca
Y se ovilla en la noche nuestra casa de campo.

Habitante apacible reflejado en ti mismo,
Te buscaré en las manos inocentes del aire,
En la azul cabellera de las aguas de otoño,
En el país sagrado de la rosa, en la leve
Pupila del aljofar, en la íntima y tranquila
Pubertad de los tréboles que empozan la verdura,
Te buscaré en las letras del rocío, empinado
Sobre esta turbia estatua de sal con que te miro,
Y encontraré que flotas hacia atrás de la noche
En una permanencia de lámpara insondable
Sin vestigio ni tránsito de disuelto navío.

Apacible habitante sin viaje ni retraso:
Desata tu clausura de submarino tallo,
Tus crueles ligaduras de mineral estrato:
Y en tus acantilados iré a golpear mi frente,
Llevando en el redondo paladar de los días
La cápsula de carne que por tu nombre habito:
El estio en que duerme el amor, el lenguaje
Medular de la célula, los destellos de Mayo,
La herida y su coral iluminado, el ave
Que soloza en mi aliento, el congelado grito
De la Madre, su estatua de niebla cejijunta,
Y el saludo de toda la soledad que pasa!

MÚSICA PROHIBIDA

Te pudiera buscar con un viejo cayado
De música, en el alba.
Te pudiera buscar en los azules
Crisantemos que riega la luna en la montaña.
Por ti agrupara ramos floridos de coloquios,
Besos de húmedo tallo y un blanco país de dalias.
Trajérate en la noche cinturas de luciérnagas,
Y el manto olor de almendros que enciende la mañana.
Trajérate guitarras, columpios, y sonrisas,
Y un viento de canciones que a tus ojos anclara.
Te pudiera buscar, azul junco de luna,
Musgo de estrella clara,
Te pudiera buscar en todas las agujas
Del rocío y sus goznes que abren la madrugada,
Te pudiera buscar en las mareas
De música anchurosa que vierten las campanas.
Mas ya eres la imprecisa vislumbre de ti misma,
La piel hueca del fruto que la mano no alcanza,
El sepultado nombre que nunca se pronuncia,
El ámbito inasible de la canción lejana,
La lisonjera estrofa que hace tiempo olvidamos,
El clausurado huerto y su inútil fragancia.

EFIGIE DE NERUDA

Agrio dios, encendido en ballestas y voces,
Masticando sus víboras, masticando su lumbrea,
Abierto como un ángel: hirviendo de sollozos,
Y un paisaje de trombas ceñido a las entrañas.
Inefable y tremendo fabricante marino,
Sumergido en azules ausencias clausuradas.
Dispara, sin embargo, su abeja de congojas
Y blande la implacable soledad de los mapas.
Deidad durable, poeta. Lengua ya de estandarte,
Tumultuario. Y soldado. Y río de tristeza.
Venablo azul, mas luego cincelada amapolita
En mitad de la aurora, del rocío y la espiga.
Una costa filuda de pálidos corceles
Serpea entre sus sienes y climas espantados.
Le brota del costado la Estrella de su Chile,
Y el congrio; y la bandera; y el himno; y la simiente.
Maciza voz que rueda, morena y traspasada,
Por el muslo entreabierto de todas las ciudades.
Voz de copla sin ojos. Ave batalladora,
Solamada en un auge de vegetales lámparas.

CANCION PIRATA PARA UNA VIKINGA

"Quiero este domingo encontrar un poema tuyo que me llame "vikinga"; que hable del dolor y de la lluvia y del amor emancipado de esta cárcel".

Por el sol de tus fiordos ven escucha, vikinga,
Aquí sale a tu encuentro el galeón del corsario;
Aquí está, a barlovento, con su cofa de insignias,
La bandera que pinta las dos tibias y el cráneo.

Por Rolón, por Igor, por Rurik y Gisela,
Y por Olga y Dimitrí, por Ivan y Fedora,
Por el Graal y las barbas de la Tabla Redonda,
Por los cascos y alfanjes y las botas normandas,
Ven escucha el murmullo tropical de mi estero,
Y el ronquido siniestro del lagarto en la noche
De la orilla con brisas de palmera y pantano.

De bolina era el viento que te trajo hasta el Guayas;
Y el galeón era oscuro, de piratas membrudos,
Por los años aquellos que tronó en la Planchada
El cañón; y crecían flacos árboles de horca,
Y escondrijos buscaban las goletas extrañas.

Navegando en la sangre de tus rubios abuelos
Arribaste, sobrina de Witiza y de Wamba.
Con sus soles glaciales vino en ti todo el Báltico:
Van-der Nool, Van-Der-Beken,
Van-Der-Helst, Van-Der-Hammen,
Y Van-Eyck, Van-Dyck, y Van-Laar
Relataron tus vidas en novela y pinceles.

* * *

Pero hay voces agudas y murmullos extraños
Con un sol de palmeras y un gruñir de tambores. . . .
¡Eh, vikinga! ¡Que te hablan mis abuelos indígenas!
¡Que es la fiesta del Raimi! ¡Que allá va Sapai-Inka!
Que te gritan los loros! ¡Que te asaltan los pumas!
¡Que te toma el cacique y te deja diez hijos!

Fantasías. No hay nada. Ni vikingos ni amautas.
Sólo está lo que pides: tu poema pirata
Con muletas, y enormes cicatrices, con parches
Que hacen cruz en el ojo.
Un poema anticuado para un coro de orfeones
Bucaneros, sin arte surrealista ni abstracto,
Un poema muy lírico, un poema muy viejo,
Que no tenga saliva, ni socrosio, ni caos;
Unos versos arcaicos, apretados, sinceros,
Sin estudio en granate, como en Pablo Neruda,
Ni un estudio en Azul con Pemán o Alexandre.

* * *

Un poema —eso sí— con sudor de caballos,
Y con rijo, y redondo como un aro e bejuco;
un poema en que apestan camarones e iguanas,
Y hombres pobres, sin versos, pescadores desnudos,
O con ponchos, o bien con blusones floreados:
Un poema sencillo de palabras abiertas,
Y personas, y nombres, litoral y altiplano,

Donde hay lluvia seis meses, todo el año equinoccio,
Y los ojos más bellos que salieron del caos.
Un poema que trae boquerones de angustia
En las rotas cuadernas tras los viejos asaltos.

Pero traen mis versos el dolor que pediste:
Y mi voz, que humedece el erial de la luna,
Va empapada en garúas del domingo descalzo.

No hay amor sin su cárcel, no hay delicia, vikinga,
Cuando el alma está parda y recóndita y yerma.

De rondón, tu recuerdo con su ráfaga viene
A decirme que aún luchas en tu vieja fragata
Con los vientos bravios, con las nieblas sin tiempo,
Las borrascas del odio, la agonía del tedio,
Las ausencias sin puerto, la oquedad de la espuma,
Y las playas del alma para siempre desiertas.

* * *

¿Lo recuerdas? No queda ni el amable Géraldy
Con su estrofa de azúcar y su alcoba de besos.
Ya no queda el relato de tu diaria comedia
Empapada en el llanto de Arlequin; ya no queda
Nuestra luz de entresuelo, ni la oreja de rata
De Martín, ni Tiburcio, ni las dalias de Alicia,
Ni la voz de cotorra de Gastón, viejo verde,
Ni el bombín de Luciano, ni el calor de Conchita,
Ni la vieja lechuza que bordaba Susana.

Ya no queda mi espacio en tu *chaise*: ni el asombro
De la copa volcada de champán, ni el charquito
Donde abría la luna su sonrisa de ajeno.

Y amanece en las ruinas... ¿Amanece? Te engañas:
Sólo vuelan cenizas en la boca del viento,
Y hay silencios de piedra en mi verso anticuado.

* * *

Toma, mira: es el cofre de glacé que guardaba
El tesoro fragante de tu negro cabello
Oledizo a nogales, pinos blancos y cedros,
Y el muñeco, aquel hijo que jamás fuera nuestro,
El muñeco chiquito y rosado
Que Noel, a tu nombre, en su bota me trajo.

Aún bulle en el alma tu colmena de gracias;
Y la flor de romero de tu aliento aún perfuma
El arcón de mis años. . . .

* * *

Nada canta, vikinga, el domingo. Hasta el cuco
Del reloj se ha embriagado con un sorbo de olvido.
Nada vuela, el domingo a las tres de la tarde.
Ya no se habla de nada. Ni hay dolor. Ni hay garúa.
Ni hay amor que quisiera escapar de su cárcel.

* * *

Nada vive, vikinga,
Cuando montan la guardia esos días lejanos,
Esas horas perdidas, esas fechas que aprieta
El destino en sus manos.

Nada huele al delirio del clavel que posaba
Su tizón en tus crenchas. ¡Nada corre en la brisa
De bolina que un día te empujara a mis brazos!